

CRISTIANIDAD



30 RAZON DE ESTE NUMERO

¡Magnífico y noble empeño el defender lo que constituye la única base posible de verdadera civilización! Más, ¿cuál es el fundamento visible de esta civilización cristiana? ¿Puede darse, legítimamente, el calificativo de cristiana a una civilización que no se apoye en la Iglesia Católica y que no admita integralmente sus enseñanzas?

La festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo nos dará ocasión para exponer cómo la Iglesia Católica, la única instituida por Jesucristo, y su Cabeza visible están firmemente enraizadas en la figura de Pedro, porque la fundación de la Iglesia coincide con la fundación del Primado y la historia de la Iglesia con la historia del Primado.

El Editorial **«Ubi Petrus ibi Ecclesia»**, (pág. 265) desarrolla esquemáticamente la verdadera solución de estas cuestiones. En la sección **«Del Tesoro Perenne»**, bajo el título general **«Super hanc petram ædificabo ecclesiam meam»**, presentamos una serie de documentos recogidos de una época en que estos problemas se plantearon con extraordinaria intensidad, (págs. 282, 283, 284 y 285).

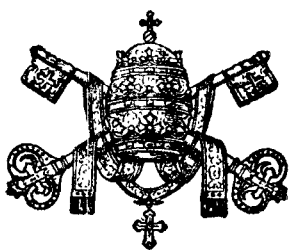
El prestigioso arqueólogo Dr. Vives, en un artículo titulado **«La tumba de San Pedro»**, nos ilustra sobre el sepulcro del Apóstol y sobre su verdadero emplazamiento en la capital del orbe cristiano, (págs. 267 y 268).

Además, en ocasión de celebrarse el milenario del Monasterio barcelonés de San Pedro de las Puellas, Federico Udina Martorell, en documentado artículo estudia **«El documento de la Consagración del Real Monasterio»**, (págs. 269 y 270).

Por otra parte hemos juzgado oportunísimo en este número ofrecer a nuestros lectores unos estudios abundantemente ilustrados, sobre las iglesias románicas de Tarrasa. Dichos estudios llevan por título el primero: **«Las iglesias de San Pedro de Tarrasa»**. **«Notas sobre la Basílica de Egara, con especial mención de las pinturas recientemente descubiertas»**, (pág. 275), artículo debido a la autorizada pluma de un miembro de la Junta de Museos de Tarrasa, el señor Pi de la Serra, y el segundo: **«La Cristiandad de Egara en el siglo VI»**, (págs. 278, 279, 280 y 281), por el Dr. D. Francisco Camprubí.

En la sección **«A la luz del Vaticano»**, reproducimos la última **«Alocución de Su Santidad Pio XII al Sacro Colegio Cardenalicio»**, (págs. 286, 287 y 288).

Completa el número un fragmento de la obra de Holzner **«San Pablo»**, (pág. 266); y la segunda parte del interesante artículo **«Iconografía del Sagrado Corazón»**, por José M.^a Solá Morales, (págs. 272, 273 y 274), cuya publicación habíamos iniciado en nuestro número anterior, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.



La Administración de

CRISTIANDAD

ha quedado instalada en el local de la calle Diputación n.º 302, piso 2.º, 1.ª, donde podrán dirigirse, a partir de esta fecha todos nuestros suscriptores y amigos.

El número de teléfono es el 22446

J.S.I.

CRISTIANDAD

Revista quincenal

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48,- ptas.

Trimestral . . 12,- ,,

Ejemplar . . 2'50 ,,

CRISTIANDAD

NÚMERO 29 - AÑO II

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22448

BARCELONA

15 Junio de 1945

Gruz, 1, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

"UBI PETRUS IBI ECCLESIA"

1. EL MUNDO NO PUEDE ENCONTRAR LA PAZ SI ABANDONA LA FE EN DIOS.

Mucho antes de que estallara la guerra europea venía preparándose, por culpa de los individuos y de las Sociedades la principal causa de tan grandes calamidades; causa que debiera haber desaparecido ante la misma espantosa grandeza del conflicto si los hombres hubieran entendido la significación de tan grandes acontecimientos. ¿Quién no sabe aquello de la Escritura: Los que abandonan al Señor serán consumidos?

2. UNA INVOCACION VAGA A LA DIVINIDAD NO ES LA VERDADERA FE EN DIOS.

Sólo el Dios verdadero puede salvar; pero el Dios verdadero es el Dios personal, trascendente, omnipotente, infinitamente perfecto, Uno en la Trinidad de las Personas y Trino en la Unidad de la Esencia divina; creador del universo, señor, rey y último fin de la historia del mundo; el cual no admite ni puede admitir otras divinidades junto a sí.

Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana; gobernantes y gobernados, grandes y pequeños, ricos y pobres dependen igualmente de su palabra; de sus derechos de creador dimana esencialmente su exigencia de una obediencia absoluta por parte de los individuos y de toda Sociedad, obediencia que se extiende a todas las esferas de la vida.

3. LA FE EN DIOS NO PUEDE MANTENERSE SIN LA FE EN JESUCRISTO.

"Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar." A nadie, por lo tanto, es lícito decir: yo creo en Dios y esto basta para mi religión, porque la palabra del Salvador no deja lugar a tales subterfugios: "El que niega al Hijo no tiene tampoco al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre."

Y eso es así porque en Jesucristo, apareció la plenitud de la revelación divina: "En diferentes ocasiones y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por medio de los profetas: en la plenitud de los tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo." Por esto, desde el momento en que Cristo consumó la obra de la redención, no se ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo para conseguir la bienaventuranza sino el nombre de Jesús.

4. LA FE EN JESUCRISTO NO PUEDE MANTENERSE SIN LA FE EN LA IGLESIA

Cristo mismo ha erigido a la Iglesia en columna y fundamento de la verdad: su mandato de obedecerla tiene valor para todos los hombres y para todos los tiempos.

Es propio de sólo ella hallarse en posesión de la verdad y de la virtud de Cristo: ella es la única que puede, no sólo arreglar momentáneamente la paz, sino afirmarla para el porvenir, conjurando el peligro de nuevas guerras.

5. LA FE EN LA IGLESIA NO PUEDE MANTENERSE SIN LA FE EN EL PAPA.

La fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado están en sagrada trabazón de mutua dependencia. Porque en el mismo momento en que Pedro, adelantándose a los demás apóstoles, profesó su fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, la respuesta de Cristo, que le premiaba por su fe y por haberla profesado, fué el anuncio de la fundación de su Iglesia sobre Pedro, la roca.

Y no basta ser contado en la Iglesia de Cristo; es preciso que individuos y sociedades sean en espíritu y en verdad miembros vivos de esta Iglesia, caminando constantemente, con la gracia de Dios, en los caminos del Señor.

* * *

"Ubi Petrus ibi Ecclesia." Donde está Pedro está la verdadera Iglesia, donde está la verdadera Iglesia está Jesucristo, donde está Jesucristo está el verdadero Dios, donde está el verdadero Dios está la verdadera paz.

La frase de San Cipriano resume en cifra las condiciones en que todo intento de pacificación del mundo debe necesariamente apoyarse. No puede, por lo mismo, ser un derecho nativo del hombre cualquier intento de construir sin apoyarse en Pedro, la roca.





San Pedro y San Pablo, medallón de bronce del siglo III

MARTIRIO DE SAN PABLO

Que San Pablo no fué ejecutado como San Pedro sin forma de proceso, sencillamente como "enemigo del bien público", sino que fué condenado como ciudadano romano en un procedimiento judicial regular a la honrosa muerte por la espada, se deduce de la carta del obispo romano *Clemente* a los corintios, escrita treinta años más tarde. El pasaje descubre un conocimiento cercano a los sucesos y produce el efecto como de un resumen monumental de la vida de San Pablo:

Siete veces entre cadenas, desterrado, apedreado,
Un heraldo en el Oriente y en el Occidente,
Cosechó la magnífica gloria de su fe.
Predicó la justicia a todo el mundo,
Penetró hasta el confin del Occidente
Y dió testimonio ante los potentados:
Así partió del mundo
Y llegó al lugar santo:
El sublime modelo de paciencia.

El segundo interrogatorio terminó con la *sentencia de muerte*. El mejor y el peor hombre de aquel siglo estaban uno en frente del otro: el derecho entre cadenas, el crimen en el trono. San Pablo no era ningún desconocido a la muerte, ni la muerte a San Pablo. Frecuentemente se encontró con ella en diversas formas y figuras, escribió un día a los corintios. Desde entonces la ha mirado todavía más profundamente a los ojos, hasta a su más seco esqueleto, hasta su más pétreo corazón. No la teme. Hace mucho tiempo que ha aprendido "a morir antes que muriese", con el arrobamiento del místico. Ahora debía encontrarse con ella por última vez en el combate decisivo. esta vez de un modo inevitable. No se debe creer que San Pablo haya tomado la muerte como una cosa fácil. El hombre antiguo temía la muerte,

Una mañana el anciano apóstol es llevado por un grupo de lictores a lo largo de la calle que conduce a Ostia al través de la "Porta Trigemina" pasando junto a la pirámide de Cestio. En el sitio de la actual basílica de San Pablo toman a la izquierda un antiguo camino del ganado. Con una última mirada abarca San Pablo aquí la perspectiva del valle del Tíber a la derecha y de la Vía Apia a la izquierda, por la cual seis años antes entró en Roma. Por la Vía Laurenciana llegan en media hora a una húmeda hondonada, a la Laguna Salvia, llamada "Aquae Salviae", junto al tercer miliario, donde hoy los hijos de San Bernardo habitan el monasterio de "Tre Fontane" situado entre altos eucaliptos. Sin fundada tradición, a ningún hombre se le hubiese ocurrido poner el suceso en un lugar tan solitario. Pero la degollación fuera de la ciudad traía su origen de un uso romano (Tácito, Hist. 4, 11). Es un fino rasgo de la leyenda el que a San Pablo, con las manos encadenadas dirigido hacia Oriente, le haga decir en voz alta su última oración en aquella santa lengua en que en otro tiempo Cristo resucitado llamó desde el cielo a su servicio al extraviado. Aquí cayó su cabeza, enmudeció para siempre aquella boca que no habló palabra alguna que no estuviese ungida por Cristo. El que una antigua leyenda señale el lugar donde los dos príncipes de los apóstoles se despidieron mutuamente en el camino para el lugar del suplicio, es una expresión simbólica del hecho de que su común martirio curó la escisión entre judío-cristianos y pagano-cristianos y juntó la Iglesia en una unidad inquebrantable bajo el pontificado de San Lino.

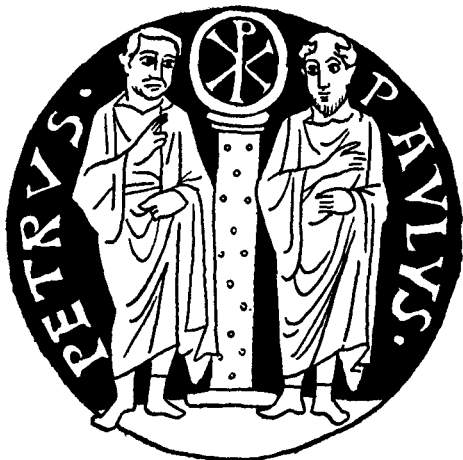
Manos cristianas sepultaron a San Pablo a dos millas del lugar del supli-

cio en la hacienda (*praedium*) de la matrona romana *Lucina*, allí donde se eleva la actual basílica de San Pablo extramuros, en ambiente puramente gentil. Antiguas sepulturas cristianas no se han hallado en los alrededores del sepulcro de San Pablo, pero sí gentiles. También esto es significativo en el "apóstol de los gentiles". La reciente investigación ha confirmado brillantemente la antigua tradición. Por otra parte, ¿qué cosa del mundo hubiera podido mover al arquitecto a edificar la iglesia en este paraje muy apartado de las viviendas de la comunidad, y expuesto a las inundaciones del Tíber? Aquí estuvo enterrado San Pablo en una sencilla sepultura (*memoria*) hasta la persecución levantada en tiempo del emperador Valeriano en el siglo III. Entonces se hizo la tentativa de robar todos los tesoros cristianos y destruir los cementerios. Los cristianos romanos previnieron el peligro trasladando los cuerpos de los dos apóstoles San Pedro y San Pablo a las *catacumbas de San Sebastián* junto a la Vía Apia. Tan agradecida quedó la Iglesia por la salvación de su mayor tesoro, que este día de la traslación, 29 de junio, se perpetúa de una manera inextinguible como fiesta de los dos apóstoles. El Papa San Silvestre I trasladó de nuevo los cuerpos de los apóstoles a sus sepulturas primitivas, en las iglesias edificadas sobre ellas por Constantino. Cincuenta años más tarde los tres emperadores Valentiniano II, Arcadio y Honorio en vez de la pequeña iglesia constantiniana edificaron la célebre basílica de San Pablo, que se terminó en el año 395, y en atrevimiento de la construcción y en capacidad sobrepujaba a todas las construcciones de la antigüedad pagana y de la cristiandad. El estremecedor incendio de 1823, acaecido en la misma hora en que más allá, junto al sepulcro de San Pedro, estaba muriéndose el Papa Pío VII, destruyó esta única y notabilísima basílica principal de Roma procedente del siglo IV, pero dejó ileso el sepulcro del apóstol, así como el mosaico de la hija del emperador Teodosio, Gala Placidia, en el arco triunfal del templo. La actual construcción levantada con los subsidios de toda la cristiandad, no produce a la verdad con las mismas dimensiones majestuosas la impresión de suave seriedad y sencilla belleza de otro tiempo, pero sí el mismo efecto subyugador.

La inscripción sobre el altar de la Confesión resume, de la manera más realzada, el ser y el misterio del apóstol de las gentes con sus propias palabras:

*Para mí el vivir es Cristo
Y el morir una ganancia* (Fil. 1, 21).

(De la obra "San Pablo", por Holzner).—Trad. del P. Monserrat, S. I.



Fondo copa eucarística de vidrio dorado

La tumba de San Pedro

Los pueblos de la antigüedad tuvieron grandísimo respeto por los despojos mortales de los difuntos, y consideraban como un gran sacrilegio cualquier violación, aun la involuntaria. Las imponentes pirámides de Egipto se construyeron, principalmente, para cubrir y hacer inviolables las tumbas de los poderosos. Las inscripciones funerarias de aquellos siglos están llenas de terribles imprecaciones contra los violadores de sepulcros. El pueblo cristiano aceptó y perfeccionó esta laudable práctica al declarar que los restos mortales de los fieles habían de ser revivificados en la resurrección de la carne. De ahí las conmovedoras ceremonias de las exequias y el gran cuidado en la conservación de las tumbas. El sistema de enterramiento de las catacumbas no tiene otro origen que esta veneración a los muertos. No podía idearse otro sistema más sencillo y menos costoso para que cada difunto tuviera su propia sepultura individual separada de las demás, que pudiera ser visitada por los parientes y allegados.

Si este cuidado se tenía con todos los fieles en general, ¿cuánto mayor no había de ser con las reliquias de los pastores de almas, de los mártires y heraldos de la fe? *Trophaea*, trofeos, los llaman los documentos antiguos, porque generalmente las reliquias o restos mortales de los mártires y confesores se sepultaban junto al lugar del suplicio, que era el del triunfo definitivo para la eternidad. Los trofeos de la Iglesia primitiva eran los sagrados restos de sus mártires, de sus apóstoles, de sus misioneros.

Los restos mortales de Pedro, el príncipe de los Apóstoles, han sido siempre los mejores de estos trofeos, el más rico tesoro de la Iglesia. ¡Con qué amor y desvelos no cuidaría de guardarlos desde el primer día! En sencillo monumento, no muy vistoso, durante los primeros siglos de persecución; en magnífica basílica, tan pronto alcanzó la ansiada libertad; bajo la soberbia cúpula de Miguel Angel, en tiempos de apogeo.

Tenemos preciosas noticias sobre lo que hizo Constantino el Grande para proteger y guardar la tumba del primer Apóstol, del fundador de la Iglesia romana, por el cual sentía gran devoción, ya que le debía la salud cuando ya estaba desahuciado de todos los médicos de la tierra, según hizo constar en unos versos transcritos en el mosaico de la fachada de la Iglesia que le dedicara, y que decían así:

«Creedme, el alma volviendo las cenizas victoriosas puede recuperar la vida. Durante diez meses he estado luchando con la muerte; las medicinas no han hecho más que acrecentar mis dolores; los médicos solo han agravado mi dolencia. ¡Oh!, cuánto ha honrado Cristo a Pedro. Aquél me dió la vida, éste me la ha restituido.»

No es pues de extrañar que el gran emperador, después de entregar a San Silvestre, el sucesor de Pedro en la sede romana, el espléndido palacio del Laterano y haber enriquecido los sepulcros de Lorenzo e Inés con sendas basílicas marmóreas, quisiera honrar de manera más solemne la memoria del primer Apóstol.

En efecto, la basílica que mandó edificar en su honor era

de grandes proporciones, según se puede ver en la detallada descripción que da de ella Alfarano en el siglo XVI, cuando iba a ser derribada para dar lugar a la actual. Medía, desde la puerta de entrada hasta el fondo del absis, 528 palmos por 280 de ancho, en el cuerpo central de las naves, y bastante más en el crucero o nave transversal. Cuatro hileras de 22 columnas marmóreas cada una la dividían en cinco naves. Esto sin contar el amplio cuadripórtico a manera de claustro que la precedía.

El terreno escogido para levantar tan insigne monumento ofrecía grandísimos inconvenientes para la construcción: bajo y pantanoso por su vecindad al río, fácilmente desbordable, con grandes desniveles y cubierto de importantes mausoleos paganos, que debían ser respetados. Hubo de haber una razón muy poderosa para que fuera escogido tal lugar. No pudo ser otro, como se comprende y atestiguan los documentos, que el saber de manera indubitada e indubitable que allí había la primitiva tumba del Apóstol. Las recientes excavaciones emprendidas por iniciativa del Papa reinante han puesto aún más de manifiesto las enormes dificultades que hubieron de ser vencidas para levantar los fundamentos de la basílica.

Y no se contentó el agradecido emperador en levantar a Pedro el soberbio edificio, sino que además quiso proteger y guardar su tumba en una *domus regia*, casa real, como dice el *Liber Pontificalis*, o sólido monumento de bronce dorado. He ahí la descripción que de él nos da el citado libro, que es la crónica oficial de la Iglesia escrita en el siglo VI: «Constantino, augusto, hizo una basílica al bienaventurado Pedro Apóstol... cuyo lóculo (o sepulcro) con el cuerpo de San Pedro escondió así: cerró el mismo lóculo con bronce de Chipre por todos lados, de manera que fuera inamovible: a la cabeza, cinco pies; a los pies, cinco pies; debajo, cinco pies; encima, cinco pies; al lado izquierdo, cinco pies; al lado derecho, cinco pies; así cerró el cuerpo del bienaventurado Pedro y lo escondió».

El pasaje ha recibido diversas interpretaciones: es incontrovertible que se quiere significar una cubierta muy sólida de cinco metros de largo por tres y medio de ancho y de alto poco más o menos. Algunos han creído que sería una a manera de arca colosal formada por gruesas planchas de bronce. Mons. Wilpert, en un interesante artículo publicado en la «*Rivista di Archeologia cristiana*» (1936, p. 27-47), sostiene que se trata de un enorme bloque que, en un espesor de cinco pies, o sea, metro y medio, envolvía por todas partes el sarcófago del Apóstol. Así se formaría un bloque de cinco metros de largo por 3,70 de alto y 3,75 de ancho, que realmente resultaría inamovible como una pirámide egipcia.

Según el mismo *Liber Pontificalis* «sobre el bronce que cerraba el lóculo, hizo Constantino una cruz de oro purísimo de 150 libras (medio quintal) de peso, de la medida del mismo lóculo». En la cruz de oro había grabada en esmalte negro, esta inscripción: «Esta casa real está circundada del aula (la basílica), reluciente del mismo esplendor. Constantino y Elena, augg. la dedicaron».

Y en efecto, la basílica que cobijaba aquella *domus regalis* o monumento sepulcral de Pedro, relucía en los mármoles de sus columnas, en el dorado de sus inmensos artonados y en el fulgor de los esplendorosos mosaicos que cubrían los muros y aun en las lámparas y aureos velos de seda que pendían de los intercolumnios. En el mosaico del arco triunfal se representaba a Constantino presentando la misma basílica al Salvador y al Apóstol Pedro. En el borde inferior del arco corría en letras de oro esta majestuosa inscripción dedicatoria:

«Quod, duce te, mundus surrexit in astra triumphans
hanc Constantinus victor tibi condidit aulam.»

que, en traducción mucho menos expresiva, podría decir:

«Porque, bajo tu guía, el mundo triunfante subió hasta los astros
Constantino, vencedor, te ha fundado esta basílica.»

Cuando se llevaron a cabo estas importantísimas obras para preservar de manera segura las venerables reliquias del Apóstol San Pedro, habían ya pasado casi tres siglos desde que éste sufriera el martirio. Alguien podría preguntar, ¿cómo sabían Constantino y sus consejeros que allí en la ribera del Tíber había el sepulcro del Apóstol? En el siglo pasado, de crítica demoleadora, no faltaron sabios protestantes y racionalistas que se obstinaron en defender que Pedro no murió en Roma, ni estuvo jamás durante su vida en esta ciudad. La razón principal, quizá única, era que en los Hechos de los Apóstoles de San Lucas no se lee nada referente a la estancia de Pedro en la ciudad eterna. Razón puramente negativa y de ningún valor si se tiene en cuenta que San Lucas en su citado libro se limita casi únicamente a hablar del apostolado de San Pablo y de lo que con él está íntimamente relacionado.

En cambio tenemos una tradición ininterrumpida de escritos que desde los tiempos de Constantino se remonta hasta los apostólicos, que nos atestiguan como inconcusa esta verdad. La primera epístola del mismo Apóstol San Pedro, dirigida a los fieles del Ponto, Galacia y otras regiones orientales, se da como escrita en Babilonia, nombre que, sin duda posible, servía para señalar la capital del orbe romano. En Roma, pues, estaría Pedro al escribir esta carta.

Veinticinco años después (años 81-96), Clemente Romano, sucesor en la cátedra apostólica, escribiendo a los Corintios, asocia a San Pedro y San Pablo a los mártires de la persecución neroniana, "los cuales, dice, dieron entre nosotros ejemplo estupendo" y esto lo escribía, naturalmente, desde la metrópoli cristiana.

Casi al mismo tiempo (a. 98-117), Ignacio de Antioquía, dirigiéndose a los cristianos de Roma, les decía: "Me guardaré de mandaros como lo han hecho los Apóstoles Pedro y Pablo". Dionisio de Corinto (a. 170), recuerda que Pedro y Pablo pasaron por su ciudad episcopal en viaje de Roma. San Ireneo de Lion (a. 177-200), hace remontar la lista de los obispos de Roma hasta Pedro y Pablo "que la fundaron".

A fines del siglo II, otro testimonio, el de Cayo, presbítero romano, no sólo nos atestigua que Pedro y Pablo estuvieron en Roma, sino que habla explícitamente de la existencia de su tumba, al decir, encarándose con los herejes que defienden doctrinas nuevas, que él puede mostrarles los *trofeos* de los dos Apóstoles fundadores de la Iglesia romana. A partir del siglo III, con Tertuliano, los testimonios son tan claros y abundantes que sería ocioso el enumerarlos. Por esto en los últimos lustros los historiadores protestantes de más valía, como Harnack y Lietzmann, no han vacilado en sostener como cierta, histórica y críticamente, la tradición romana. Harnack, ha dicho categóricamente: "El martirio de Pedro en Roma fué tiempo atrás combatido por prejuicios protestantes tendenciosos y después por prejuicios de crítica tendenciosa. En ambos casos el error ha promovido el conocimiento de importantes verdades históricas y con esto ha prestado su servicio; pero que esto fué un error hoy es cosa clara para todo estudioso que no quiera cerrar los ojos".

Constantino, pues, con la iglesia romana de su tiempo, estaba bien informado cuando levantó aquellas maravillas monumentales sobre el sepulcro del primer Apóstol.

La *domus regalis* de bronce de Constantino estaría en una



Imágen en bronce del Apóstol San Pedro,
que se venera en su templo Parroquial de Barcelona

cripta abierta de la basílica, bajo el altar papal. Dicha cripta en tiempo no bien determinado fué cerrada y sólo tenía comunicación con la basílica superior por medio de un agujero o *cataracta*, cuya entrada aun hoy se puede ver en la llamada confesión de San Pedro, frente a la estatua de Pío IX. Por esta *cataracta* durante la Edad Media, los fieles peregrinos, valiéndose de un cordel hacían descender objetos piadosos (especialmente trozos de tela) hasta que tocaran el sepulcro o aquella *domus regalis* y se los llevaban a casa como reliquias de preciado valor. San Gregorio de Tours, en el siglo VI, nos da una pintoresca descripción de dicha práctica (*De gloria martyrum*, lib. I, c. 28).

Roma, la cabeza de la cristiandad, se sintió siempre orgullosa de ser la guardiana de este inapreciable tesoro, meta de las peregrinaciones de todo el mundo. Todos los años celebra con desbordante gozo y entusiasmo la fiesta del 29 de junio, el día natal de San Pedro. Ya Prudencio, a principios del siglo V, al encontrarse, peregrino, en tal día en la gran ciudad se maravillaba del alborozo de la urbe por tal fiesta. Quien ha tenido la suerte de presenciar en nuestros días tal solemnidad ya no puede olvidarla. Todas las familias de la metrópoli acuden con sus hijos, grandes y pequeños, a la inmensa basílica para besar el pie de la antiquísima estatua de bronce de San Pedro (una reproducción de ella se ha puesto en nuestra iglesia dedicada al apóstol), que en tal día va adornada con la capa pontifical y para oír, a la hora de vísperas, entre la algarabía de la gente menuda que no puede estar quieta, la estrofa halagadora del solemne himno: *O Roma felix, quae duorum principum...*

Oh feliz Roma, que de estos príncipes
te ha consagrado la sangre gloriosa,
de su cruor purpúreo teñida
toda beldad del orbe sobreexcedes.

Dr. José Vives, Pbro.

Miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El documento de la Consagración del Real Monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona

Aun cuando los orígenes del Monasterio de San Pedro de las Puellas anden envueltos en algunas tinieblas, éstas caen y se deshacen al proyectarse sobre ellas un documento histórico que nos atestigua la existencia del Cenobio en la primera mitad del siglo X.

Pero como con anterioridad al mismo no tenemos ningún testimonio escrito que nos hable del referido Monasterio, ni tampoco, en realidad, ningún resto arqueológico que con toda certeza podamos referir al mismo, procediendo con rigurosidad histórica debemos comenzar, al hablar del Monasterio de San Pedro de las Puellas, por este documento.

No está en nuestro ánimo, no obstante, el considerar falso cuanto se ha dicho respecto a situar los orígenes del Monasterio en el siglo IX, ni siquiera en negar rotundamente que ellos se deriven de la conquista, mejor dicho, de la reconquista de Barcelona, en 801, por Luis el Piadoso. Lo que pretendemos hacer ahora es señalar, (hasta donde sea posible) el alcance del documento de la Consagración del año 945, con el fin de que, sin salir de un severo criterio histórico, podamos vislumbrar los orígenes del Monasterio.

Pero en primer lugar advirtamos que si bien el Archivo del Real Cenobio no posee documentación anterior a la fecha indicada no quiere decir que no pudiese existir, ya que debe tenerse presente que en el último tercio del siglo décimo Barcelona fué destruída y con ella no quedó del Monasterio piedra sobre piedra: Almanzor en 985 lo arrasó totalmente.

El documento que tratamos de comentar no se conoce en su forma genuina y original, sino en copia posterior y seguramente los eruditos que en los últimos tres siglos han historiado la vida del "Ascisterio benedictino" tampoco hallaron el documento original: ni Mas —el archivero que fué de la Catedral hasta la Revolución; ni Bofarull— el gran erudito del pasado siglo que tanto empuje dió al Archivo de la Corona de Aragón; ni Campillo —el archivero de la Curia diocesana en el siglo XVII, se sirvieron del documento original y éstos y otros que lo han estudiado han utilizado seguramente la copia que guardaba el Libro de Privilegios del Monasterio.

El traslado del documento original, mezclado entre otros pergaminos, debió pasar desapercibido por los eruditos y quedaría arrinconado en el fondo de un arcón del archivo monacal; era más cómodo para historiar sus no pocos sucesos y avatares echar mano del Libro de Privilegios referido, que fielmente iba recogiendo todos los privilegios, concesiones, inmunidades y donaciones papales, reales o particulares (pero redactado seguramente en el siglo XVI) que no entretenerse en manejar pergaminos; por otra parte las Ciencias auxiliares de la Historia no eran tampoco en los tiempos pasados tan exigentes como hoy día y un traslado tenía entonces un valor superior al que en la actualidad le damos.

Cuando después de la Liberación de Barcelona, las monjas benedictinas regresaron a su actual Monasterio de Sarrí, —en el que continúan la tradición monástica después de la exclaustración, mientras el antiguo Templo de la Plaza de San Pedro ha quedado sólo como Parroquia de la Ciudad— se interesaron en seguida por su Archivo que en gran parte se había conservado y entre los pergaminos, todavía enrollados, apareció el de la Consagración de su Iglesia en una copia de fines del siglo XII, concretamente —porque no hay fecha del traslado— de los años 1194-1198.

Este es el documento objeto de nuestro comentario y análisis, pero antes intentemos dar del mismo una traducción, que, respondiendo al contenido del documento no se vea esclava de la dicción latina. Veámosla:

"Este documento es copia fielmente copiada, que dice así:

"Cosas sucedidas y pasadas: En el año de la Encarnación del Señor de CMLXV, Era de CMLXXXIII, indicción III, año IX del reinado del rey Luis, hijo de Carlos, a tres de las calendas de julio, en capítulo dotal corroborado por Guilara, Obispo de Barcelona, junto con los canónigos Gotmaro, arcediano, Suniefredo, levita, Geriberto, presbítero, Landerico, diácono y Taurelo, sacerdote, entre los cuales estaba también, el varón e ilustre señor conde y marqués Suñer, con su esposa, Riquilda, insigne condesa, y con Suredredo, Agela y el hijo de dicho Príncipe y de su mujer Riquilda, el conde Borrell, todos ellos se llegaron con clero y muchísimo pueblo fiel a la iglesia del Ascisterio de San Pedro Apóstol, Portero del Cielo, (llamado) de las Puellas, situado fuera de los muros de la ciudad de Barcelona, frente al atrio de San Saturnino mártir y habiendo celebrado allí las ceremonias de rúbrica, con grandísimo gozo tributaron al Señor alabanzas y entregaron a la abadesa Adelaida la escritura del acto, para que quedase siempre como testimonio de verdad en la forma qua al comienzo se lee.

"Como sea que con no poca reverencia las cosas pertinentes al culto divino deben ser llevadas a cabo de manera excelente y porque es saludable la práctica de la piedad que, por amor de Dios, hace que el hombre se dedique a ejercer las buenas obras en levantar templos y en dar las propias cosas; por ello el eximio señor conde y marqués, Suñer, su esposa, la nobilísima condesa Riquilda, junto con Adelaida, abadesa, rogaron encarecidamente al Obispo Guilara que consagrara aquella iglesia, sita en el territorio de Barcelona, a poca distancia de la muralla de la ciudad, fundada en honor de San Pedro, Portero del Cielo, regida por la Regla de San Benito, y que, con auxilio de Dios, está establecida.

"En su consecuencia el venerable Obispo accedió a estos ruegos y se dispuso a dedicar la Iglesia; a la consagración estuvieron presentes el preclaro conde y su mujer, la abadesa de dicha iglesia y muchos nobles habitantes de Barcelona, que por amor de Dios y por temor a los infieles donaron a la iglesia bienes diversos de sus propias cosas, como aquí viene demostrado: yo, Suñer, a la dedicación del referido altar doy lo que me pertenece en "Beterrita" y que fué de Oliba y su mujer, para que sirva de sufragios aplicados a mi alma y a la del mismo Oliba; yo, la condesa Riquilda, doy por la salvación de mi alma y por la de mi hijo Armentol (lo siguiente): una yugada de tierra en la villa de Parets, en el Valiés, junto a la tierra de Alisana, de Fanchilo y de sus hijos y de Semitario; en Cervelló (doy) una tierra que limita por levante en el Congost, por el medio día en "Cultumine", a poniente con (las tierras de) Ferriol y por el norte con el río; otra tierra y viña, limitando, con el camino, con una viña del conde Suñer y con otra de Vivas; otro viñedo que está junto a la tierra de Edevino, al "Fruillo", al camino y a la de Elías; también doy un molino con sus anejos y en Castellar tierras diversas cultivadas y yermas con el bosque, la mina de hierro (?), un par de bueyes, dos cubas, dos toneles y todas las casas, corrales, huertos, etc. que allí tengo por cualquier razón, con la condición de que desde ahora en adelante todas estas cosas las gocen y posean (las religiosas) y con gran reverencia mis descendientes permitan que sean para cubrir sus necesidades.

"Yo, Guilara, consagro la iglesia y en el día de su consagración doy y concedo todos los diezmos y primicias de todos los alodios, que, por amor de Dios, han sido o serán dados (al Monasterio) por parte de los fieles. Quiero además y me place que la iglesia de Santa María de Montmeló

"tenga sacerdote propio y los diezmos y primicias de la villa de "Rical" y de Espincelles se ofrezcan a San Pedro y a su abadesa. Y todo aquello que el ilustre conde Suñer y su esposa Riquilda y el hijo de ambos, el ínclito conde Borrel, hoy ofrecen y en adelante ofrecerán íntegramente lo concedemos al Monasterio de las Puellas.

"Por otra parte por Nós (el Obispo) decretamos lo sobreescrito y determinamos que ahora y en adelante (las religiosas) lleven vida monástica, obedezcan los consejos de San Benito y con ellos se perfeccionen. De esta forma, como más arriba se dice, consagro esta iglesia en el año de la Encarnación del Señor de novecientos cuarenta y cinco, era de novecientos ochenta y tres, indicción tercera, año noveno del rey Luis, hijo de Carlos, a dieciséis de las calendas de julio.

"Firma de Guilara, Obispo. Gotmaro, arcediano. Firma de Geriberto, presbítero. Firma de Suniefredo, levita. Firma de Landericó, diácono. Firma de Qunrelo, que la escribió.

"Yo Raimundo por la gracia de Dios, arzobispo de Tarragona, suscribo en este traslado, copiado de su original fielmente palabra por palabra.

"Firma de Sancho, capellán de Ramón, obispo de Zaragoza, que examiné este traslado palabra por palabra, según lo que contiene el original, por mandato del Obispo y está conforme con aquél".

Desde el punto de vista histórico el documento es muy rico en datos; al margen de lo que nos pueda dar acerca de la Ciudad, entonces tan reducida que la actual plaza de San Pedro y calles adyacentes se encontraban fuera de aquélla, hallamos entre los distintos personajes que intervienen en la Consagración, desde el Obispo Guilara, que ocupó la diócesis en los años 937-957, con su Curia, hasta los hijos del Conde, Armengol y Borrell, aquél ya difunto.

Suñer, hijo de Vifredo I, el Velloso, había sucedido a su hermano Vifredo II, y cuando asistió a la ceremonia en 945 se encontraba ya cerca del final de su gobierno, pues tres o cuatro años más tarde se retiraba a un Monasterio, pasando el condado a manos de Borrell II. Casado con Riquilda, Suñer I (aun cuando al parecer lo estuvo primero con Aimilda) tuvo de ella cinco hijos, de los cuales aparecen en el documento los dos citados, Armengol y Borrell y tal vez Adelaisa, pues, según afirma Bofarull, la abadesa del Monasterio fué la hija de dichos condes. Armengol ya había muerto, aunque su asesinato o su fallecimiento era reciente; fué en vida conde de Ausona y acaso murió en acción de guerra.

El conde Borrel, que figura como tal en el documento estuvo asociado al gobierno de su padre y en el momento de la Consagración a punto de coger el gobierno, que por espacio de más de cuarenta años —primero con su hermano Mir, que no aparece en el documento, y luego sólo— regentaría entre sinsabores y trágicos días —los de la pérdida de Barcelona—.

La madre de este conde, esposa de Suñer, Riquilda, de origen desconocido, puesto que los historiadores no han lo-

grado averiguar de donde procedía, tiene, al parecer, en el acta de Consagración una singular importancia: probablemente fué una decidida protectora del Cenobio de las Puellas, si no su fundadora, con su esposo, como, de las palabras de Bofarull, se desprende. Sus donaciones, que hemos visto son abundantes e importantes, nos descubren además junto al sentimiento religioso de la condesa, otro tan exquisito como éste, el de la maternidad: las propiedades donadas son en sufragio propio, es verdad, pero también para la salvación de su hijo primogénito Armengol, que, "perditus heu! gladio... requiescit", como dice el Necrologio del Monasterio de Santa María de Ripoll.

Otros extremos, interesantísimos, encontraríamos todavía para proseguir este comentario histórico, pero los límites que hemos asignado a estas notas no nos permiten extendernos; en la topografía de la Barcelona del siglo X, por ejemplo, en la vida de sus habitantes, todo, en más o en menos, reflejado en el documento que nos ocupa, encontraríamos otros tantos motivos de comentario.

Pasemos finalmente a dilucidar si de este pergamino se deduce que, en efecto, como afirma la historia tradicional, el Monasterio fué fundado en el año 801 por Ludovico Pío y en su consecuencia llevaba ya, al ser consagrada su iglesia, siglo y medio de existencia.

Desde luego creemos que el documento no autoriza esta conclusión, ni el contexto, ni razones de otra índole (como la falta de documentos que acrediten su existencia con anterioridad al año 945) abonan una fundación de principios del siglo IX. Por otra parte el Monasterio en aquella fecha tendría ya propiedades y de ellas no se dice nada en el documento; más aun, las que en su archivo aparecen como más antiguas son precisamente las donadas por Riquilda.

Confesamos que del contexto tampoco se infiere que en esta fecha fué fundado el Monasterio; creemos que Bofarull va demasiado lejos al afirmar que del documento se deduce que Suñer y Riquilda son los fundadores del Cenobio: a nuestro modo de ver el sabio archivero del pasado siglo erró al estudiar el acta de Consagración en una copia viciada, cual era la del Libro de Privilegios, hoy perdido.

Nuestra modesta opinión es que el Monasterio llevaba ya tiempo en 945 y que sus fundadores, no siendo los condes Suñer y Riquilda, acaso fueron de fines del siglo anterior.

Respecto al valor del documento, éste, a pesar de probables interpolaciones, (extremo que pensamos tratar en detenido estudio erudito) puede considerarse como el testimonio fehaciente de que en 945 existía el Monasterio y fué consagrada su iglesia en presencia de los condes barceloneses, por el Obispo Guilara.

Barcelona, en el Milenario del Monasterio de S. Pedro de las Puellas.

Federico Udina Martorell

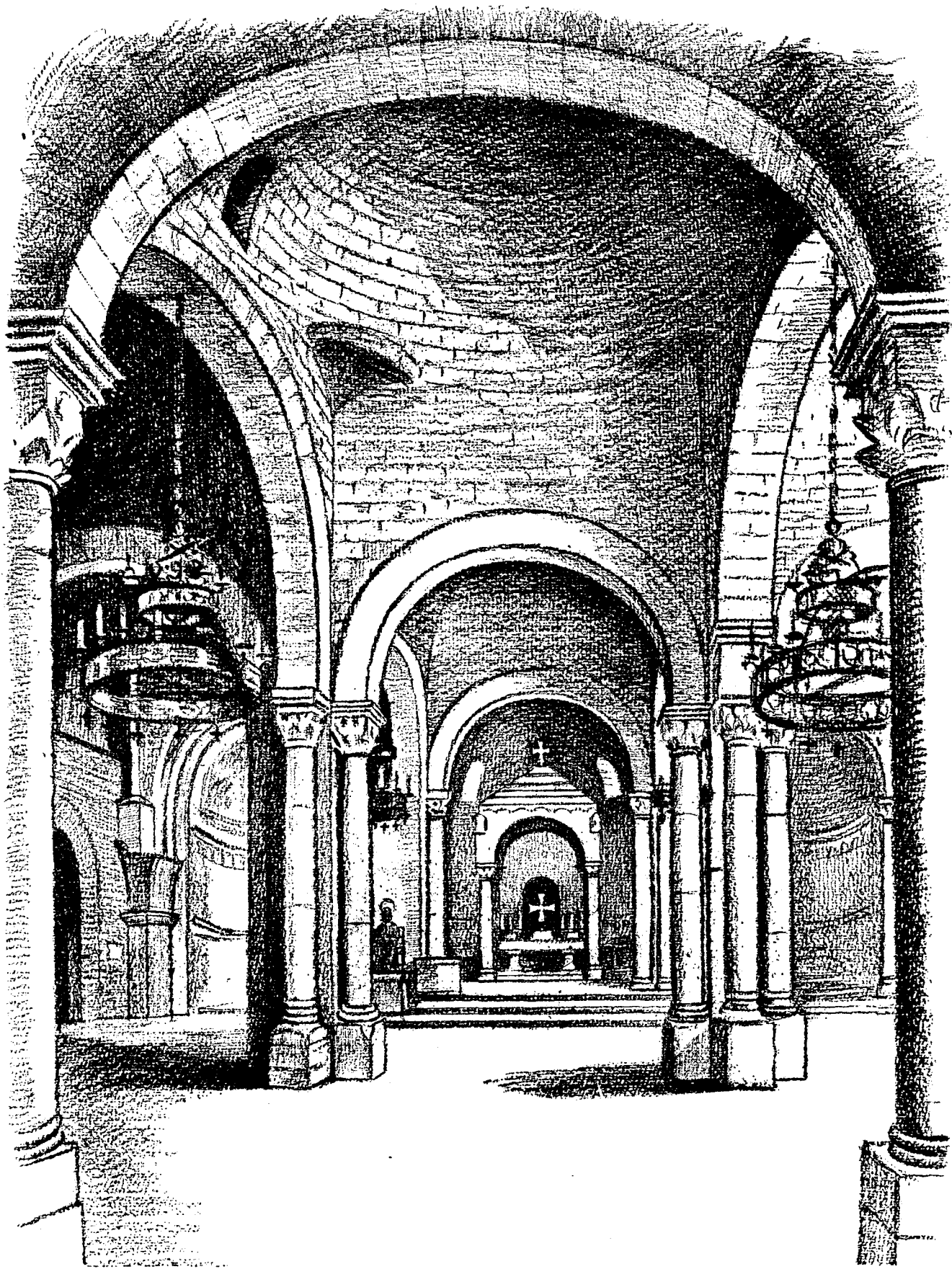
Archivero de la Corona de Aragón

DEDICACIÓN A SAN PEDRO

ALCUINO (s. VIII)

*Que Pedro, Príncipe de los Apóstoles,
Custodio fiel de la grey celeste,
Corona de la Iglesia,
Que guarda por los siglos las llaves del Reino Eterno,
Que puede, con sólo su palabra atar o desatar,
Y a quien este templo está consagrado,*

*Proteja y gobierne, como Pastor, su aprisco
y se digne abrir a sus ovejas las puertas de los Cielos
Para perpetuo galardón,
ROGAMOS.*



Interior del templo Parroquial de San Pedro de las Puellas, de Barcelona

(Apunte original de don Juan Jutgat)

Iconografía del Corazón de Jesús

II

REPRESENTACIONES PRE-ALACOQUIANAS DEL SAGRADO CORAZÓN ⁽¹⁾

La devoción al Sagrado Corazón aparece al principio muy confusa y mezclada con otras devociones, principalmente con la devoción a las cinco Llagas, a las Insignias de la Pasión, así como al Santo Nombre de Jesús. La iconografía recoge estas devociones, sin que siempre sea fácil la interpretación. El simbolismo es su nota fundamental. Las primitivas representaciones no hay que buscarlas en el arte monumental, sino en la plástica humilde, como grabados y pequeños objetos de piedad. La más antigua conocida es del siglo XIII y figura en un mapa del mundo de Erbsdorf (Alemania).

Para mayor claridad haremos una agrupación provisional de todas las representaciones en las que figure un corazón, con o sin otros aditamentos, a partir de la época indicada hasta la terminación del siglo XVII, atendiendo más bien a la idea que exprese que a diferencias formales.

Primero: Reproducciones sin relación con el Corazón de Jesús. — Se han tomado a veces erróneamente por corazones ciertas formas de puntuación en las inscripciones. En heráldica es frecuente el uso del corazón, generalmente en los escudos parlantes. El P. Hamon, S. J., tomándolo de Bougaud, menciona las armas de la familia francesa Charité que ya en la Edad Media llevaba un corazón inflamado de gules (caridad), y cita otras siete familias francesas y otras tantas inglesas que también llevaban corazones en sus blasones. En nuestra tierra tenemos entre otras, la familia Corcoll usando en el XVII tres corazones en triángulo, el superior atravesado por una flecha y sangrando, y la familia Corts, de Besalú, que trae también tres corazones de gules en campo de plata (2).

En este grupo se comprenden asimismo ciertos blasones tipográficos o marcas de imprenta: tal es, por ejemplo, el caso de Courret, que usa un corazón (coeret): escudo parlante.

Muchos santos aparecen, también, con el corazón en la mano, símbolo de un amor ardiente.

Segundo: Corazón-símbolo de la llaga del costado. — Probablemente es la fórmula primera y la más corriente en toda la Edad Media. Ya hemos aludido a la devoción a las cinco Llagas (1), que tanto incremento tomó en el siglo XIV, apareciendo en el siguiente numerosas cofradías bajo su advocación; recordemos entre sus muchas oraciones aquella tan popular que se rezaba a fin de no morir "de villana muerte". Los artistas que ensayan representaciones de estas llagas se encuentran embarazados; es fácil representar las de las manos y los pies, pero no tanto la del costado. Al principio dos líneas, dos labios alargados, de los que brotan unas gotas de sangre, la simbolizan; algunas veces dos ángeles la llevan en una copa; se sigue todavía esta forma de representación, cuando otros ya han encontrado mejor soporte para la llaga: el corazón. Estos grabados en que aparece en el centro un corazón herido (generalmente sobre una cruz), arriba las dos manos y en la parte inferior los dos pies, unas y otros también con las heridas, son abundantísimos.

Frecuentemente esta devoción de las cinco Llagas se aso-

cia a la de los Instrumentos de la Pasión, de que asimismo hemos hablado, de tanta popularidad entonces como la anterior. Para esta última habían ideado los artistas un blasón en el que se disponían todos los instrumentos de la Pasión, y se llamaban tales blasones las "arma Christi". En el caso corriente, de que se quieran representar las dos devociones conjuntamente, se disponen en el Centro las llagas en la forma explicada y alrededor los instrumentos.

Pero así como los instrumentos de la Pasión tuvieron su blasón en las "arma Christi", también lo tuvieron las cinco Llagas. Sobre el Santo Sepulcro de la iglesia de San Esteban de Limoges se encuentra un escudo con cinco llagas al natural sobre fondo de oro (3). En Inglaterra, a fines del XV, idean otra solución: un corazón con cinco heridas; es toda la Pasión resumida en el Corazón de Jesús.

En 1492 el Papa Inocencio VIII obtuvo de Bayaceto parte de la lanza que atravesó el costado de Cristo. Auténtica o no, esta reliquia fué recibida con entusiasmo y los grabados se multiplicaron, mostrando el hierro de la lanza y la herida del costado con sus dimensiones reales o proporcionales. El P. Hamon opina que en algunos de estos grabados no se representa el Corazón de Jesús, sino que el que figura tiene por objeto dar idea de la dimensión de la herida, considerando impropio que se les denomine los "Sagrados Corazones de la lanza".

Sea ello como fuere, todo lo dicho nos demuestra cómo prácticamente venía confundida la devoción al Sagrado Corazón con la devoción a las cinco Llagas, y cómo tendía también a separarse; pero no hay que olvidarlo, en las modalidades de representación que se comprende en este grupo el Corazón de Jesús no tiene otra finalidad que recordar la Pasión.

Tercero: El corazón del fiel. — En otro lugar llamamos la atención (1) sobre la importancia que las estigmatizaciones de tipo ideal o real tuvieron sobre nuestra iconografía. Las demandas apasionadas de San Buenaventura, Alberto Magno, Tauler, Santa Catalina de Siena, Santa Gertrudis, Santa Teresa, se hacen realidad en Santa Clara de Montefalco o en Santa Verónica Giuliani. Es, pues, natural que esta idea de expresar los ardientes deseos de los cristianos respecto a la Pasión trascienda a los artistas. Por ello no hay que engañarse, buen número de los viejos grabados en que aparece el corazón, éste quiere ser el del fiel.

Muchas de las representaciones en que figura el corazón atravesado por una flecha o superado de una cruz, o rodeado de una corona, o desprendiendo llamas, pertenecen a este grupo. De manera que con frecuencia es difícil discernir si se trata del Corazón de Jesús. El P. Hattler, S. I., opina que el indicio es la llaga del costado. La mayoría de blasones tipográficos, o marcas de imprenta, hay que encasillarlos aquí.

El corazón que algunos jesuitas introdujeron a fines del siglo XVI en las armas de la Compañía, según interpretación que da el P. Nigrónus (1613), representa al principio, el corazón del fiel (del jesuita o de la Compañía). Tal vez en el siglo XVII represente, en ciertos casos, el Corazón de Jesús, según veremos más adelante. Parece ser también que el dis-

(1) Ved CRISTIANDAD número 29, página 262-263.

(2) En cambio, los tres corazones que se ven encima de una de las puertas de la iglesia de Belén de Barcelona (la otra es reproducción moderna), parecen simbolizar los de Jesús, María y José.

(3) El mismo escudo, aunque de fecha posterior (siglo XVI) puede verse en la fachada de la casa n.º 1 de la Plaza del Pino, de Barcelona.

tintivo que escogió San Francisco de Sales, para las religiosas de la Visitación (un corazón superado en una cruz, atravesado por dos flechas y rodeado de una corona de espinas, con los nombres de Jesús y María) no simboliza el Corazón de Jesús, sino los miembros de la orden, según explica el Santo en una carta (1611) a Santa Francisca de Chantal.

La idea del Crucifijo dentro del corazón la hallamos plasmada en algunos grabados. Pero es la devoción al Santo Nombre de Jesús, propagada por san Bernardino de Siena, la gran aportación a este grupo, con sus representaciones de Jesús-Niño en el corazón del fiel. Esta modalidad que ya encontramos en el siglo XV, adquiere mayor desarrollo en los siglos XVII y XVIII. Primitivamente aparece con frecuencia Jesús dentro de un corazón herido, que viene rodeado de las manos y los pies heridos, como en la representación de las cinco llagas; a pesar de ello, el Conde Grimouard de Saint-Laurent y Mâle creen que este corazón que encierra el Niño Jesús es el corazón del fiel; no es de la misma opinión Schreiber, por lo que es difícil pronunciarse sobre este caso concreto. La figura de Jesús aparece muchas veces con varios instrumentos de la Pasión, en otros casos con sólo una cruz o sin nada. Reproducimos una pequeña tabla de Batet (Gerona), acaso del siglo XVII, en la que se aprecia como Jesús, que está dentro del corazón del fiel, sostiene con su mano izquierda un corazón inflamado o unas llamas, posiblemente fórmula ecléctica del corazón del fiel y del Corazón de Jesús del grupo siguiente.

Cuarto: Corazón de Jesús, símbolo de amor. — El corazón ya aislado y mostrado como símbolo del amor de Jesús, se nos aparece desde el siglo XV. Mn. Gudiol cree hallarlo representado en el XIV en unos moldes para hostias, que se conservan en el Museo Diocesano de Vich, en los que se ve, entre dos cruces, un corazón superado de una cruz y con el monograma de Cristo debajo. Al principio el corazón se muestra estilizado, con la llaga, corona de espinas y cruz encima. Luego irá perdiendo su estilización para adquirir la forma más anatómica.

A veces va acompañado de instrumentos de la Pasión, conservando todavía estos vestigios de su procedencia histórica. Tal es en el blasón tipográfico del impresor de París. Pedro Levet (1485 a 1502).

La representación del corazón con los tres clavos que en el siglo XVI indica, al parecer, el corazón del fiel (según se desprende del libro del franciscano Pedro Regnard "*Pharetra divini amoris*" y de la interpretación que de las armas de la Compañía de Jesús da el P. Nigronus) evoluciona luego en su significado al expresar ya en el XVII el Corazón de Jesús. Claramente se manifiesta, por ejemplo, en una vida del P. Colmago escrita en 1622, en la que el nombre de Jesús está grabado dentro del corazón. También es frecuente en este siglo juntar a las armas de la Compañía, Jesús-Niño o Jesús resucitado; ello parece que permite ver en el corazón penetrado de los tres clavos, al de Jesús, no el corazón del fiel.

Es interesante mencionar en este grupo el cuadro de Juan Boucher, pintado en 1604 y que se conserva en el museo de Bourges, el cual representa al Corazón de Jesús entre nubes, adorado por María, José y Juana de Valois.

La asociación de la devoción al Sagrado Corazón con la del Santísimo Sacramento, que adopta la solución de poner el corazón encima de un cáliz, no es tan frecuente, pero podemos verla, por ejemplo, en un libro del P. Juan Bougeois ("*Societas Iesu Disparae virginis sacra*", Douai, 1620).

Debemos no olvidar que en todas estas representaciones del Sagrado Corazón el simbolismo es su alma, que no representan el Corazón de Jesús en sí y por sí, sino en tanto es un símbolo de su amor.

Quinto: El Corazón de Jesús juntamente con su persona. — En realidad esta solución no es más que una modalidad del grupo anterior en cuanto a su significado, pero por la importancia que iconográficamente tiene merece estudiarse aparte. Generalmente se ha dicho que no hay representaciones de esta índole anteriores a Santa Margarita y que la primera que se conoce es la que aparece en un libro del P. Gallifet, en 1726 (Jesús cargado con la cruz presenta su corazón). Pero aparte de que tal vez en las representaciones de Jesús-Niño



Fragmento de un Retablo existente en Batet (Gerona)
S. XVI-XVII

encontráramos algún precedente, creo que lo tenemos en el grabado firmado por L. Gaultier, 1614, que figura en el libro del P. Laurent de París, capuchino: "*Palais de l'amour divin entre Jésus et l'âme chrétienne*". Jesús, con la cabeza coronada de espinas, muestra el pecho descubierto; una gran herida deja ver el corazón traspasado por cinco dardos y encima la inscripción: "*Pecatum mortale*"; encadenada a sus pies se halla el alma pecadora, gimiendo: "*Heu, heu, Domine, ut quid peccavi*". En el libro se da, además, la explicación del grabado: El costado abierto de Jesús con el corazón traspasado, nos indica que el pecador por cada pecado mortal renueva en Cristo las cinco llagas; pero añade el autor, que Jesús lo soporta todo por el amor que nos tiene. ¿No hay en este grabado la idea de la devoción al Sagrado Corazón? Sin embargo, el P. Laurent apenas se detiene en ello.

Las distintas modalidades de representaciones que hemos visto producen soluciones mixtas, y en su época avanzada, se complican con figuras (ángeles, la Virgen, santos, etc.)

Después de Santa Margarita continúan las mismas representaciones, si bien al tomar la devoción un nuevo carácter, cambia también la significación de las que se refieren al Sagrado Corazón. Conocida es la primera que mandó dibujar la santa a una novicia; su innovación en ella consiste en la significativa palabra "*Charitas*" que figura en la abertura de la llaga. En el XVIII entra ya la iconografía de esta devoción en el arte monumental y se enriquece con nuevas formas. Mas es, sobre todo, en las dos que marcan el italiano Battoni (Jesús con el corazón en su mano), y el francés Flandrín (Jesús mostrando el corazón encima de su pecho), que han venido sucediéndose hasta nuestros días. Pero estamos ya saliéndonos de los límites que nos hemos impuesto.

CONCLUSIÓN

Conclusión en un doble sentido. En que damos por terminado el artículo, y en que al hacerlo, y como síntesis de lo expuesto, vamos a poner en consideración la idea (siempre acatando superiores opiniones a este respecto) de que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús con anterioridad a Santa Margarita-María Alcaçoque difiere substancialmente de la que

PLURA UT UNUM

deriva de ella, y cuyo culto fué aprobado en 1765 por Clemente XIII. Efectivamente: ¿Cuál es el objeto de la devoción actual? Nos remitimos a los teólogos católicos: *Es el corazón de carne, el corazón real y vivo de Jesucristo, como símbolo de su amor.* Dos elementos integran, pues, la devoción: el corazón y el amor; pero el corazón considerado en su sentido propio, no como una locución metafórica. De esta manera lo entienden, con Santa Margarita, el P. Croiset, el P. de Gallifet y los demás postuladores de la causa, en contra de ciertas interpretaciones de tendencia jansenista que se presentaron. Siendo ello así, fácilmente se aprecia la diferencia que separa a la actual de las anteriores devociones. Dejando aparte, desde luego, aquellas representaciones que figuran el corazón del fiel, repetiremos una vez más que cuando simbolizan la llaga del costado, no tienen otro objeto que recordar la Pasión, y que cuando aparecen ya como tales Corazones

de Jesús, no dejan nunca de mostrarse más que como un símbolo de su amor.

* * *

Permítasenos que, para acabar, lo hagamos con palabras de Pío XI: "En los últimos tiempos, sobre todo en la época en que los herejes bajo una falsa apariencia de piedad, se esforzaban en desviar a los cristianos de la Santa Eucaristía, se comenzó a honrar públicamente el Sagrado Corazón, gracias sobre todo al celo de San Juan Eudes, que puede ser llamado justamente autor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y de María." "Pero para dar al culto del Sagrado Corazón su plenitud y su perfección, para extenderlo por todo el universo, Dios mismo escogió, como instrumento, a Santa Margarita-María Alacoque."

José M.^a de Solá-Morales

SONETO A UNA ESTAMPA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh imagen de Jesús en claroscuro!
¡Oh labios silenciosos! ¡oh mirada
tan profunda que el alma nos horada
llegando a nuestro corazón tan duro!

...¿Y Tú me das tu Corazón maduro
—a fuerza de Dolor y de Lanzada—
y me pides a cambio la enlodada
cisterna que es el mío tan impuro?

¿Y qué hace, Señor, mi alma alocada
que darme todo a Ti no me apresuro
ganando el Todo al no quedarme nada?

Haz que vuele a este Nido tan seguro
más veloz que palomas en bandada
¡que a perderte, mi Dios, no me aventuro!

Alfredo RUBIO DE CASTARLENAS

Las iglesias de San Pedro de Tarrasa

NOTAS SOBRE LA BASÍLICA DE EGARA

CON ESPECIAL MENCIÓN DE LAS PINTURAS RECIENTEMENTE DESCUBIERTAS

Del arte arquitectónico visigótico quedan contados restos en España y aún éstos mutilados por las modificaciones que han sufrido a través de los siglos los monumentos de aquella remota época, que unas veces por haber exigido su conservación reparaciones, realizadas sin respeto alguno, y otras por reformas ejecutadas exclusivamente para adaptarlas al estilo arquitectónico del momento en que fueron realizadas, han destruido casi en absoluto los notables ejemplares que del corto período de aquel característico y notable arte de transición entre el bizantino y el románico, se erigieron en nuestro país.

Tal vez los más importantes vestigios que restan en pie del arte visigótico, son los existentes en la ciudad de Tarrasa en el recinto en que estaba emplazada la Basílica de Egara. El obispado de Egara fué fundado en el año 450, por el obispo de Barcelona Mundinari, a fin de reducir la diócesis de Barcelona que por su gran extensión no le permitía atender debidamente. A partir de la invasión musulmana a principios del siglo VIII, debió extinguirse la diócesis egarense, pues no se encuentra citada desde aquella fecha en ningún documento.

La construcción de la catedral de Egara, forzosamente tuvo lugar entre el siglo V y el VI. Consta en diferentes documentos de la época, que en el año 614, se celebró en su recinto un concilio en el que se reunieron la mayor parte de los prelados de la península ibérica, para firmar las actas del concilio celebrado en Huesca en 598. Algunos autores indican, que la obra debía construirse en tiempo del obispo Nebridius, (516 a 546) hermano de otras tres prelados: Elpidio, obispo de Huesca, Justiniano, obispo de Valencia, y Justo, obispo de Urgel.

En el recinto donde estaba emplazada la basílica y aprovechando los restos de las primitivas construcciones, se levantaron en el período románico las tres iglesias que hoy se conservan de Santa María, San Pedro y San Miguel. El ábside de Santa María es evidente que es el mismo de la basílica, como también se conserva parte del mosaico del pavimento. La de San Miguel, que es la mejor conservada del período visigótico, es indudable que era el baptisterio, único que se conserva en España. Estas iglesias han sido ampliamente estudiadas, especialmente por el distinguido arqueólogo Puig y Cadafalch.

Pero recientemente han sido descubiertas en la bóveda del ábside de Santa María unas pinturas interesantísimas, que demuestran evidentemente la antigüedad de aquella construcción. En esta bóveda existían unas pinturas góticas que deterioradas en algún fragmento, ponían al descubierto la existencia de otras pinturas primitivas. Después de premeditados estudios, se han arrancado las pinturas góticas por procedimientos modernísimos, habiendo quedado visibles las pinturas primitivas.

La pintura gótica arrancada, ha sido colocada en armaduras de madera adecuadamente enteladas que pueden contemplarse perfectamente conservando su característica intacta; y las pinturas primitivas quedan al descubierto, permitiéndose apreciar su valor arqueológico, interesantísimo por considerarse que son seguramente las pinturas cristianas más antiguas que se conservan en España, y tal vez en toda Europa, fuera de Italia.

Estas pinturas probablemente del siglo VI están trazadas

sin grandes manchas de color, más bien en acentuadas líneas de ocre amarillo, rojo y tierras de tonos simples, aplicados sobre fondo blanco. Las sombras son apenas indicadas, y aunque tienen alguna similitud con las existentes en el ábside de la iglesia de San Miguel, parecen ejecutadas por mano más experta, más finas de línea, observándose en el conjunto más pulcritud en el dibujo y color. Tal vez podría suponerse (esto es una apreciación mía, sin ningún dato ni antecedente que lo justifique) que estas pinturas fueron ejecutadas con motivo de la celebración del Concilio que se reunió en la Catedral de Egara, en el año 614, presidido por el Arzobispo de Tarragona, con asistencia de otros trece Prelados; y que para solemnizar tan memorable acto, se efectuarían algunas obras de embellecimiento en el interior del templo, a fin de recibir dignamente a tan ilustres huéspedes.

El tema iconográfico de estas pinturas parece representar diferentes escenas de la vida y pasión de nuestro Señor Jesucristo. En el centro de la bóveda, un círculo con dos cuadros superpuestos entrelazados, circundados por un octógono (figura geométrica que se observa en diferentes monumentos cristianos antiguos). Al fondo del círculo una masa de dibujos en forma de palmitas o plumas. En las diversas agrupaciones de figuras formando otros dos círculos alrededor del central, especialmente el de la parte superior más conservado, parece que representa la conducción de Jesús ante Pilato, que es el personaje que está sentado en la especie de trono que se observa a la izquierda de la pintura. Además parece adivinarse la curación de un ciego, y tal vez la resurrección de Lázaro, y alguna escena de la crucifixión.

“Toda la composición, dice el señor Puig y Cadafalch, está inspirada del Evangelio: la parte conservada, representaciones de la Pasión de N. S. Jesucristo y episodios de su predicación. Este es el principal objeto iconográfico adoptado en Oriente a últimos del siglo IV. No debemos olvidar pensando en la modesta Catedral de Egara, las grandes corrientes del arte cristiano. Es preciso recordar que en España las Catedrales destinadas a la liturgia episcopal, son frecuentemente designadas con nombres de santos, adjuntándose algunas veces San Jerusalén. El recuerdo de la Ciudad Santa estaba seguramente presente en el espíritu del autor de las pinturas de Santa María. Constantino había construido las grandes Iglesias de Jerusalén y entre ellas la basílica y la rotonda del Santo Sepulcro. Desgraciadamente, sus mosaicos han desaparecido desde largo tiempo y de su composición no conocemos más que lo que han descrito los antiguos. Por ellos sabemos, que una grande estrella dominaba desde el alto de la cúpula las escenas de la Pasión; que la Cruz de Cristo figuraba entre las de los dos ladrones crucificados. Estas composiciones sirvieron de modelo a los pintores del mundo cristiano, ya que los muchos peregrinos que visitaban aquellas Iglesias, adquirirían como recuerdo de la visita numerosos objetos. Las ampollas de Monza, por ejemplo eran un medio de transmisión si bien pobres y rudimentarias, y las representaciones naturalmente groseras e imprecisas. Esto da un valor particular a las pinturas de la Basílica de Egara que remontan sin duda a medio o a la segunda mitad del siglo VI.

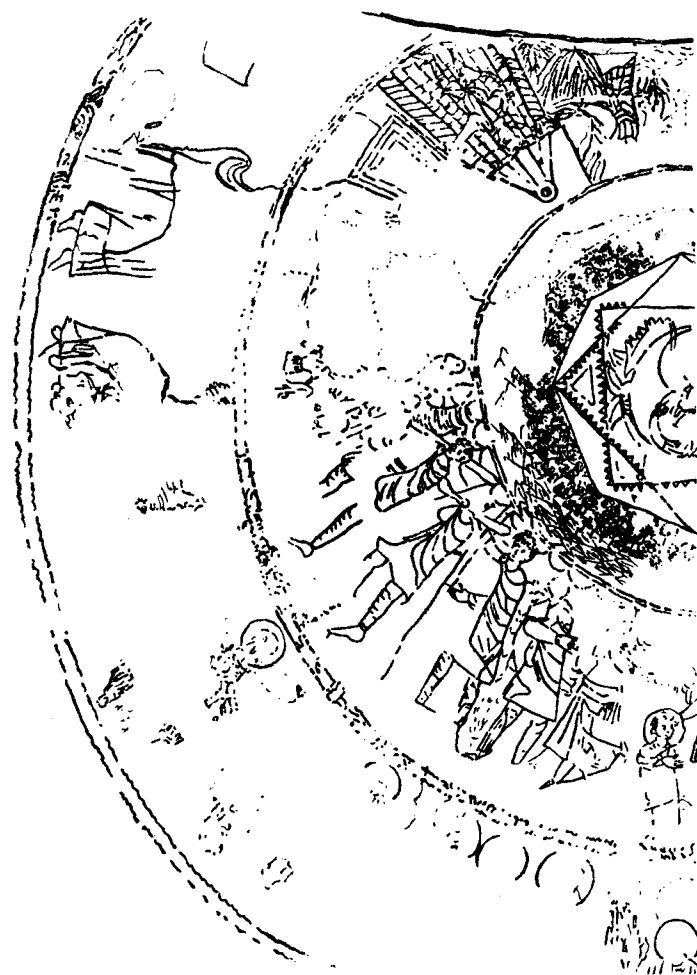
F. Pi de la Serra.

Miembro de la Junta de Museos de Tarrasa

Pinturas descubie en la bóveda del de Sant



Detalle

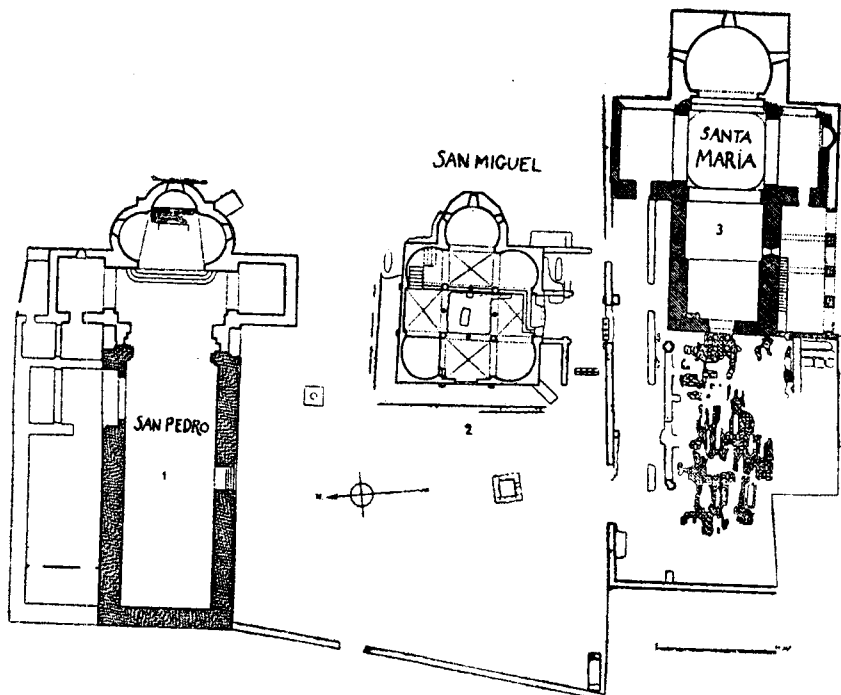
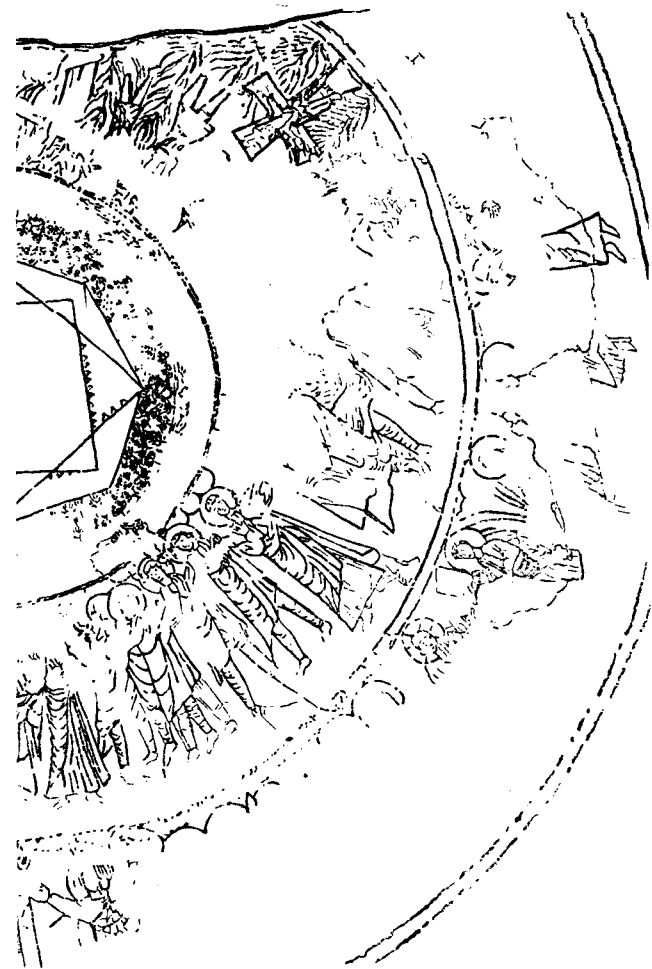


Detalle

as recientemente bside de la iglesia María



Detalle



==== Visigótico
 ||||| Siglo XI

XXXXX Siglos XII-XIII
 ——— Construcciones posteriores

Planta de las iglesias

La Cristiandad de Egara en el siglo VI

En el frontispicio del museo de la ciudad de Fiésole, situada en los alrededores de Florencia, se lee esta inscripción: "*Fides fovet artem, ars fovet fidem*"; la fe fomenta el arte y el arte fomenta la fe.

He ahí el valor principal del arte paleocristiano: el ser testimonio sincero de la vida de los primeros cristianos.

La arqueología no debe estudiarse como una ciencia muerta que se ocupa solamente de la materia arruinada como huesos descarnados. Del examen primario de la materia inerte, el arqueólogo ha de pasar a la segunda fase, que pudiera llamarse de *vivificación de la materia*. Vivificación que debe ser fruto, no de una imaginación poética y exaltada, sino del estudio del monumento dentro del ambiente cultural, social y religioso que lo creó.

Aprovechando el marco arqueológico que nos ofrecen las preciosas construcciones de la vetusta Egara, sin entretenernos en el análisis técnico y estilístico que otros especialistas en la materia ya han hecho, en el presente artículo queremos hacer un *ensayo de vivificación litúrgica* de la cristiandad de Egara en el siglo VI, época de su mayor florecimiento, como nos atestiguan los dos principales monumentos conservados: el Baptisterio de San Miguel y la Basílica de Santa María. El ábside de la actual parroquia de San Pedro, de igual valor arqueológico, no interesa tanto a nuestro caso.

Los dos centros de vida espiritual

Desde sus orígenes, el Cristianismo ha polarizado la vida espiritual de sus hijos en los dos principales sacramentos de la Iglesia: el Bautismo y la Eucaristía.

Nacimiento y crecimiento son las dos funciones más importantes de la vida natural y también de la vida espiritual. El cristianismo nace por el Bautismo y crece por la Eucaristía.

He ahí el por qué los *baptisterios* (lugar del Bautismo) y las *basílicas* (lugar de la Eucaristía) son los edificios más importantes que poseemos de la época paleocristiana. En ellos se halla como petrificado lo que constituía el anhelo mayor de los primeros cristianos y que San Ambrosio, en el siglo IV —época de las grandes basílicas y baptisterios—, expresaba en los dos versos que se leen actualmente en el himno de Laudes (feria II):

*Christus nobis sit cibus
Potusque noster sit fides.*

Esto es: para nosotros, cristianos, Cristo ha de ser nuestra comida (la Eucaristía pan de vida); y la Fe (recibida en las aguas bautismales), ha de ser nuestra bebida.

También la cristiandad de Egara desarrollaba su vida religiosa, en íntima compenetración espiritual con la de Roma, su cabeza, alrededor de estos dos grandes sacramentos. Prueba de ello son su Baptisterio y su Basílica que nos ha quedado como recuerdo de los cristianos de ayer y como estímulo para los de hoy.

Llevados de la mano de la Liturgia, tratemos de dar un soplo de vida a estos dos edificios egarenses para asistir a las ceremonias que allí se celebran.

I. - En el Baptisterio de Egara

Estamos en Sábado Santo, día del nacimiento espiritual para muchos habitantes de Egara.

La Iglesia, consciente de la máxima importancia que tiene el sacramento del bautismo, indispensable para alcanzar el cielo, fijó, ya en los primeros tiempos, una serie de ceremonias particulares a fin de que los aspirantes se preparasen debidamente para su recepción.

Estos catecúmenos, que hoy vemos congregados delante de nuestro Baptisterio, llevan ya dos años de preparación al bautismo.

La *preparación remota*, verdadero *noviciado para la fe*, la han constituido el gran número de penitencias, plegarias e instrucciones que han practicado durante este tiempo. Por el deseo que les anima, se les puede llamar *cristianos* pero no *fieles*. No son más que catecúmenos que hasta hoy sólo han permanecido en el umbral del santuario para asistir a la parte oracional y doctrinal de la antemisa pero no a la Misa propiamente dicha.

La *preparación próxima* para el bautismo ha sido esta última etapa de cuarenta días (Cuaresma) que acaban de pasar en más rigurosa penitencia y oración como en unos verdaderos *ejercicios espirituales*. En este período, después de haber hecho su "*cursus honorum*", pasando sucesivamente por los grados de *audientes*, *orantes* y *competentes*, han sido instruidos en los más grandes misterios de la fe que ahora van a abrazar de una manera solemne y efectiva.

Hoy es el gran día para estos catecúmenos egarenses. Contemplad sus rostros radiantes de alegría y emoción. Con la cabeza cubierta con un velo y los pies descalzos, penetran finalmente en el baptisterio por la puerta lateral opuesta al ábside del Baptisterio, donde está el altar con los santos óleos y les espera el Obispo de la diócesis que preside la ceremonia asistido por sus ministros, sagrados sacerdotes y diáconos.

Antes de describir la ceremonia, fijémonos en el edificio en que nos hallamos, para apreciar su sentido litúrgico.

Sentido litúrgico del Baptisterio

La Iglesia no ha *creado* edificios propios, sino que ha *transformado*, acomodando a sus exigencias litúrgicas y funcionales, los edificios preexistentes. Todo lo que le servía para su culto no ha tenido inconveniente en aprovecharlo, descartando, en cambio, todo lo que fuera contrario o nocivo a sus fines culturales y substituyéndolo por formas y técnicas más aptas para encarnar su ideal religioso.

Por esto, al tratar del origen de sus edificios sagrados —basílicas y baptisterios—, no hay inconveniente en admitir como precedentes técnicos otros edificios profanos, como la casa romana o la basílica forense y el "*caldarium*" o "*frigidarium*" de alguna construcción termal. Puesto que Cristo no vino a destruir lo bueno, sino a perfeccionarlo, tampoco los arquitectos cristianos podían destruir el arte existente, sino adaptarlo con mayor perfección al carácter sagrado.

El sentido litúrgico-sagrado del Baptisterio de Egara es el que queremos relevar.

Desde el siglo IV, al lado de las basílicas catedrales aparecen otros edificios independientes de planta central llamados Baptisterios.

La planta del Baptisterio de Egara, acomodándose al tipo general, presenta en su interior la característica especial de una cruz griega, de brazos iguales, inscrita en el cuadro perimetral. Y es precisamente en el centro de esta cruz, eminentemente simbólica, donde se halla la piscina bautismal.

Si en la basílica paleocristiana, todo tiende hacia el fondo del ábside donde está el altar, en el baptisterio todo el sistema constructivo se ordena hacia el centro donde está la fuente de la gracia.

Como remate y coronamiento de todo, se levanta la cúpula sobre el cuadro central descansando majestuosamente sobre las ricas columnas que forman guirnalda en torno la piscina. Piscina y cúpula vienen a ser en el baptisterio lo que el altar y el baldaquino en la basílica.

El misterio de la luz completa el sentido religioso de este lugar central.

Como aparece más claramente en los más célebres baptisterios paleocristianos —San Juan de Letrán, Nápoles, y los de Rávena—, también en Egara el principal foco que ilumina el Baptisterio, viene de lo alto, de la corona de ventanas de la base de la cúpula. Así, desde la cúpula, la luz natural caía como en cascada sobre las aguas de la piscina; símbolo de la luz sobrenatural del Espíritu Santo, que con sus dones se infundía en el alma de los catecúmenos.

Administración del Bautismo

Nuestros catecúmenos han penetrado en el Baptisterio acompañados de sus padrinos y dirigidos por los diáconos y diaconisas.

Cantando salmos y oraciones litúrgicas, lo primero que hacen es dirigirse a los pequeños espacios reservados, triangulares, que forman los nichos angulares interiores; allí se despojan de sus vestiduras.

Luego cada catecúmeno, desnudo, es presentado por el diácono o diaconisa ante el Obispo que, vestido de sus mejores ornamentos pontificios, le hace los interrogatorios de ritual. Terminado éste, uno por uno, los catecúmenos, descendiendo las gradas de la piscina bautismal cuyas aguas han sido en aquel mismo día bendecidas, exorcizadas y mezcladas con el óleo santo. Allí el Obispo o el sacerdote hunde al catecúmeno en aquel baño de regeneración y mientras tanto en su interior se obra el milagro de la gracia bautismal.

Tratándose del ceremonial del bautismo en el siglo VI en España, podemos muy bien suponer que la inmersión sería una sola, ya que los Concilios habían prohibido la triple, practicada en todas las Iglesias de la Cristiandad, para afirmar así mayormente la unidad de Dios contra los herejes que entonces la negaban.

Para evitar toda curiosidad y escándalo al llegar al acto solemne de la inmersión, se velaba totalmente la piscina por medio de los cortinajes que solían sustentarse en los arcos o arquivitras que descansaban sobre los capiteles de las columnas de su alrededor.

Como testimonio epigráfico de la importancia que los primeros cristianos daban al Bautismo, nos place reproducir tres de los ocho famosos dípticos dogmáticos mandados esculpir por el Papa Sixto III en los ocho arquivitras que reunían las columnas centrales del baptisterio de Letrán:

*Nulla renascentium est distantia quos facit unum
Unus fons, unus spiritus, una fides.*

*Virgineo fetu genitrix ecclesiae natos
Cuos spirante Deo concipit amne parit.*

Y sobre todo:

*Fons hic est vitae qui totum diluit orbem
Sumens de Christi vulnere principium.*

No existe diferencia en los que renacen por hacerles una sola cosa una misma fuente, una misma fe, un mismo espíritu.

En parto virginal, la Madre Iglesia da a luz por el agua a los hijos que concibe por Espíritu de Dios.

Esta es fuente de vida que lava toda la tierra cuyo principio mana del costado herido de Cristo.



Baptisterio de San Miguel (la baranda de la piscina bautismal y el «cancellum» del presbiterio son de restauración moderna)

Confirmación

Ya bautizados los neófitos, eran presentados de nuevo, acompañados de sus padrinos, ante el Obispo. Allí recibían las sagradas unciones "*sicut athletae stadium ingressum*".

La Confirmación, pues, se administraba, como lo es en realidad, como sacramento complementario del bautismo, y constaba esencialmente de un doble rito: la crismación o unción sagrada y la imposición de manos implorando la fortaleza del Espíritu Santo.

Finalmente, se imponían a los bautizados los vestidos blancos —largas túnicas ornamentadas con franjas de color a lo largo del cuerpo (*clavus*) y en las bocamangas— que debían llevar durante los ocho días que representaban para ellos la "infancia espiritual".

Estos blancos vestidos, símbolo de la gracia bautismal, debían deponer el domingo después de Pascua que, por tal motivo, se llama "*in albis*", esto es, "*in albis depositis*".

Por lo tanto, la Confirmación se administraba juntamente con el bautismo, ya en el mismo baptisterio, ya en otro edificio propio, llamado "*consignatorium*".

En Egara, como dice Puig y Cadafalch, pudiera pensarse también en la existencia de un "*locus chrisimalis*" especial para la Confirmación, en el ábside visigótico de la actual parroquia de San Pedro.

II. - En la Basílica de Egara

Estamos en Domingo de Pascua, fiesta la más solemne, no solamente del año para la mayoría de los fieles, sino de toda la vida para aquellos neófitos que, el día anterior, nacieron a la vida espiritual por el bautismo. Precisamente porque ellos nacieron a la vida espiritual en pleno uso de razón y, por lo tanto, en pleno período de lucha, la Iglesia quería administrarles inmediatamente el Pan de los fuertes

para asegurar el crecimiento espiritual en la Fe que acababan de nacer.

Antes de asistir a la primera misa que oyen y a su primera comunión, tal como se ha hecho en el Baptisterio, veamos de interpretar el sentido litúrgico de la basílica paleocristiana para apreciar sobre todo el carácter eminentemente eucarístico que presenta.

Los elementos arquitectónicos conservados en la basílica visigótica de Egara —toda la planta general, el ábside y parte de los muros perimetrales, con las bases de las columnas que dividían longitudinalmente la nave central, creando otras dos laterales—, son suficientes para reconocer el tipo de basílica de tres naves que, desde el siglo IV, se extendió por todo el mundo occidental.

Sentido litúrgico de la Basílica

Siendo perfectible en algunos de sus elementos, hay que reconocer, sin embargo, que la basílica paleocristiana cumple muy bien el doble ideal que debe expresar todo templo sagrado según la definición de Cristo: "Domus mea, domus orationis vocabitur"; el templo debe ser *la casa de Dios y el lugar de oración*.

Por esto, los arquitectos paleocristianos dieron en sus construcciones basilicales toda su importancia al *presbiterio*, verdadera morada de Dios y de sus ministros, y también a las *naves* donde se congregaban los fieles para orar.

Relevado el carácter esencial del templo basilical, entremos ya a visitar la Basílica de Egara.

Antes de entrar en el santuario, saliendo del Baptisterio —donde hemos asistido a la administración del bautismo— por la actual puerta de entrada, se hallaba antiguamente una galería que, a manera de atrio o vestíbulo, unía el Baptisterio con la Basílica. He ahí un primer elemento arquitectónico digno de consideración: el atrio. A los primeros cristianos no les gustaba pasar bruscamente del bullicio de la calle o de la plaza al silencio del santuario. Ellos querían antes preparar su espíritu con el recogimiento para gustar mejor de las delicias de la morada de Dios.

He ahí el sentido litúrgico del atrio o vestíbulo situado delante de la puerta del templo: el ser el anillo de conjunción entre lo profano y lo divino, entre lo terreno y lo celestial.

La fuente o *cantharus* que solía haber en el centro al par que servía para la ablución de las manos les hablaba principalmente de la purificación espiritual necesaria para no profanar el santuario.

Interior

Hemos atravesado el vestíbulo y nos hallamos en el interior de la basílica de Egara.

Con una simple mirada a las naves y al presbiterio nos persuadimos de estar en un templo cristiano. A diferencia del templo egipcio y greco-romano, y aún del de Jerusalén, no aparece aquí la morada de un Dios, inefable, cerrada herméticamente, como si temiera contaminarse con los hombres: sino la casa del Padre rebotante de bondad y misericordia, que abre las puertas de su morada —el ábside del presbiterio— para que sus hijos, los fieles, puedan hablar con El sin temor, en la oración, al par que oír sus enseñanzas —en los ambores de las lecturas y en la cátedra episcopal del fondo del ábside— y también acercarse para hacerle ofrendas y recibir sus dones —ofertorio y comunión. Este es el concepto esencial del templo cristiano.

El mosaico pavimental de Egara

Pocos elementos decorativos se han conservado en nuestra Basílica. No obstante, entre los restos del mosaico primitivo, que actualmente se extiende delante de la fachada medioeval, podemos reconocer fácilmente dos motivos ornamentales de gran simbolismo: los pececillos laterales y la rosa de pétalos imbricados formando una estrella en el centro.

Los peces con las cruces camufladas en la parte superior nos hablan de Cristo y de los cristianos.

El pez fué considerado, ya por los griegos, como símbolo de salvación. ¡Con cuánta mayor razón no pudieron usarlo los cristianos para simbolizar a Cristo el verdadero Salvador! Por esto es la primera representación simbólica de Cristo que aparece en las catacumbas. Además, las letras de la palabra griega ΙΧΘΥΣ que significa *pez* nos dan las iniciales que indican la esencia de Cristo Redentor: "Jesu Cristo Hijo de Dios Salvador".

Pero también los cristianos eran representados por el pez. Es el mismo Tertuliano el que en su libro *De baptismo* nos dice "Pero nosotros (los cristianos) somos pececillos según nuestro "pez" [secundum ΙΧΘΥΝ] Jesucristo, nacemos por el agua, y no nos salvamos sino permaneciendo en ella". Magnífica frase que declara la necesidad de permanecer en la fe bautismal para salvarse.

También en la rosa central del mosaico podemos ver otro símbolo, aunque no tan seguro en su interpretación como el anterior: la caridad.

Es cosa cierta que la virtud de la Caridad era la que mayormente resplandecía en la primitiva iglesia. Por esto, no nos extrañaría que el mosaicista de Egara la hubiese querido simbolizar en la representación geométrica de una rosa abierta, en el centro del pavimento. Más adelante, en la época medioeval, esta rosa de la caridad como estrella refulgente se remontará por las paredes del templo, puertas y ventanas, hasta fijarse en la parte superior de las puertas de ingreso del templo románico-gótico para iluminar con sus pétalos policromos a los fieles congregados en el interior.

Sentido eucarístico de la Basílica

¡Hacia el altar! Con estas palabras se resume el movimiento arquitectónico basilical. Todos los elementos, técnicos y decorativos, se dirigen hacia el altar como expresión elocuente de una comunidad que vive sólo del Sacrificio eucarístico.

Por esto, vemos que los mejores materiales, arcos de triunfo, mármoles, piedras, y la mejor decoración del templo se concentra en el ábside, en el presbiterio, elevado y suntuoso, donde emerge aún más elevado y rico el altar, símbolo de Cristo, precioso joyel que guarda la basílica.

El precioso baldaquino, las lámparas y coronas votivas colgantes del techo y la diadema de luz natural que forman los ventanales absidiales no hacen más que unir sus voces a las de toda la arquitectura basilical que tiende a orientarlo y subordinarlo todo al altar, donde Cristo se hace presente en el Sacrificio, y al presbiterio donde se halla representado por el Obispo sentado en la cátedra del fondo del ábside y en los sacerdotes dispuestos a su alrededor.

De esta manera, clero y fieles formaban como un anillo de unión y caridad en torno a Cristo que todos los días renovaba místicamente en el altar su Sacrificio.

Celebración de la Misa

Para no prolijarnos demasiado explicando el ceremonial de la misa en el siglo VI, queremos consignar simplemente las variantes que había, en relación con la celebración actual.

Hasta el siglo VIII y IX la Misa fué siempre cantada. En ella se distinguían claramente dos partes: la *antemisa* o Misa de catecúmenos, desde el principio hasta el ofertorio; y la Misa de los fieles o parte sacrificial, desde el ofertorio hasta el *Ite Missa est*.

Volvamos otra vez a nuestros recién bautizados de Egara para admirar esta blanca procesión que en esta gran fiesta de Pascua penetra en la Basílica, llevando cada neófito una vela encendida en la mano —símbolo de la fe que arde ya en su corazón— y cantando el salmo 42 que hoy día el sacerdote reza al empezar la Misa. Quizá nunca como entonces, su alegre antífona alcanzaba para los neófitos su mayor expresión: "*Introibo ad altare Dei...*"; me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud.

La procesión va presidida por el Obispo celebrante. En la puerta de entrada, delante del Baptisterio, le espera el clero de la catedral reunido hasta entonces en la *prothesis*, especie de sacristía junto al ábside; que muy probablemente existió también en Egara, como hacen suponer las puertas abiertas a los brazos del crucero actual, en la misma línea del ábside.

Al entrar el Obispo la *schola cantorum* situada delante del altar, entre el clero y los fieles, entona el introito. Mientras tanto el diácono saliendo del *diaconicon* —dependencia simétrica a la *prothesis*, para la conservación y preparación de las cosas del culto—, sale al encuentro del Obispo y le presenta la *Sancta* o partícula de Pan consagrado en el últi-

mo sacrificio, la cual se conservaba como símbolo de perpetuidad y unión. El Obispo postrándose le adora.

Acto seguido el Obispo sube las gradas del altar para comenzar la Misa, saludando antes al pueblo con el augurio de la paz *Pax vobis*.

La antemisa comprendía substancialmente como hoy una parte de oraciones y otra de lecturas y terminaba con la homilía o comentario del Evangelio que hacía el Obispo sentado en su cátedra detrás del altar. El diácono diciendo: *fit missa catechumenis, manebunt fideles*, despedía a los catecúmenos y penitentes que estaban en el vestíbulo inferior o *narthex* de la basílica.

Ofertorio y Comunión

Estos dos momentos solemnes de la misa revestían especial importancia en la época primitiva.

El primer acto esencial del sacrificio es la oblación.

Al llegar al ofertorio toda la comunidad de los fieles se ponía en movimiento para dirigirse hacia el altar.

Ya no eran los elementos materiales de la iglesia, columnas, ventanales, artesonado, decoración, etc., los que se dirigían al altar, sino las piedras vivas, los fieles, quienes iban uno tras otro desde la nave central donde se hallaban hasta el altar, pasando por las naves laterales. Allí, delante del altar les aguardaba el diácono para recibir sus ofrendas de pan y de vino.

Parte de las ofertas se destinaban a la consagración y parte a la beneficencia o distribución que los sacerdotes hacían del *pan bendito* o *eulogia* a los pobres necesitados.

Este rito primitivo del ofertorio expresa elocuentemente los místicos lazos de unión y de amor mutuo y para con Dios que había entre los primeros cristianos; como miembros de Cristo que en el altar realizaba su Sacrificio.

Unión y caridad que expresaba también el beso de paz y el abrazo que el celebrante daba al diácono y que luego comunicaba a la asamblea, abrazándose los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres en señal de afecto fraternal.

Finalmente, llegaba la Comunión, parte esencial del Sacrificio juntamente con la Consagración.

El Obispo, los ministros y todos los asistentes comulgaban durante la misa.

El Obispo colocaba en la diestra de los fieles el pan eucarístico diciendo: *Corpus Christi* y a su vez el diácono presentaba el cáliz ministerial a cada uno con las palabras: *Sanguis Christi, calix vitae*.

Y era entonces cuando los neófitos veían realizado su segundo anhelo, el de incorporarse con Cristo recibiendo la primera Comunión.

De este modo —como dice Cicognani— el Sacrificio del amor era completo: participando el celebrante y todos los fieles, presentes y ausentes; los Santos que han sido invocados, intercediendo y adorando han comunicado con los fieles; los fieles difuntos han conseguido refrigerio y reposo. En una palabra, la unión ha sido perfecta, divina; la comunión de los santos rebosando amor. (*La Caridad en los primeros siglos del cristianismo*, p. 136, Madrid, 1931).

Conclusión

En este ensayo de vivificación litúrgica de la Comunidad cristiana del siglo VI. al que han dado pie las construcciones visigóticas de Egara hemos apreciado lo que era el meollo, la substancia de la primitiva vida cristiana en su doble manifestación: *de Fe*, en la recepción y continua renovación de la gracia bautismal; y *de Caridad* en el alimento del pan eucarístico.

Ya que la fe y la caridad va languideciendo de los cristianos de hoy, es necesario revivir el ejemplo de los cristianos de ayer, hermanos nuestros que tan bien supieron comprender y practicar los preceptos de Cristo.

Ellos, como nosotros, vivieron en medio de una sociedad paganizada y paganizante. Y supieron vencer esgrimando estas dos armas principales del cristianismo: la fe, que conquista la inteligencia, y la caridad, que gana al corazón.

Estas dos armas secretas de conquista todavía las posee la Iglesia de hoy y todos podemos encontrar una y otra en la carne y sangre de Cristo, que se da en la Eucaristía, capaz de producir aquella Fe y Caridad fuerte y universal que, reconociéndonos todos los hombres como hijos de un mismo Padre, nos unamos todos con fraternal abrazo.

Dr. Francisco Camprubí, Pbro.

Catedrático de Arqueología del Seminario Conciliar de Barcelona

¡RABBONI, UT VIDEAM!

¡Señor y Maestro, haz que vea; haz que cada día vea más claro con los ojos de la fe; haz que si en el día del Corpus, en la gran solemnidad de tu realeza, te contemplo coronado de esplendores y colmado de majestad soberana, en el lecho de la agonía te contemple Padre amoroso al recibirte por última vez; que muera pronunciando tu santo Nombre «superior a todo otro nombre» y que por eternidad de eternidades pueda gozarme de la clara visión de tu gloria y sin que los rayos de tu luz cieguen mis ojos, sin que tu majestad me anonade, sin que tu realeza me infunda espanto y temor.

¡Rabboni, ut videam per saecula saeculorum!

SUPER HANC PETRAM ÆDIFICABO ECCLESIAM MEAM

El Concilio Vaticano marca un momento decisivo en la Historia de la Iglesia. En él, de un modo terminante y definitivo, quedan fijadas la infalibilidad y la primacía de honor y de jurisdicción en la persona del Papa, sucesor de San Pedro.

Las circunstancias que rodearon dicho Concilio son de un dramatismo emocionante que ponen más de relieve la figura excelsa de Pío IX del cual ya en otra ocasión, con más detenimiento, se ocupó CRISTIANDAD.

Sigamos al Dr. MORGADES en la vivida descripción que nos hace de las fiestas centenarias de San Pedro y San Pablo en Roma durante el año 1867.

Cuando Pío IX convocaba en Roma, en 8 de diciembre de 1866, a todos los Obispos del universo, más de un sabio de este mundo calificó este grande acto de locura manifiesta; y verdaderamente era una locura a los ojos de la prudencia humana; pero una vez más hemos podido ver que lo que era locura para los hombres, es sabiduría para Dios. La revolución delirante tenía entonces suspendida su espada sobre la cabeza del Pontífice supremo; las tropas de Francia que parecían ser la única defensa posible contra los golpes de la impiedad, evacuaban el territorio romano; la oveja indefensa iba a encontrarse de frente con furiosos lobos. Con viva ansiedad preguntaban los fieles si el Papa se trasladaría a Civita-Vecchia escoltado por los últimos soldados franceses para pasar desde allí a algún sitio retirado donde su libertad de Pontífice estuviera en seguridad. Precisamente Pío IX eligió aquel momento para invitar a todos los Obispos a fin de que fuesen a Roma para celebrar el décimo octavo centenario de la muerte de San Pedro. La carta convocatoria hizo sonreír a unos y sorprendió a otros; precisa era toda la energía de la fe para creer que la fiesta de los santos Apóstoles hallaría al Padre de los cristianos tranquilo en la capital de su impercep-

tible reino y con libertad todavía para ofrecer la hospitalidad en el Vaticano y en el Quirinal.

Y no obstante, acaban de pasar los meses más tranquilos que de mucho tiempo ha disfrutado el Santo Padre; los doce mil cruzados que defienden los últimos restos del territorio pontificio han bastado para contener las tentativas de la revolución; la fiesta de San Pedro ha visto reunidos alrededor del Santo Padre 500 Obispos, de 15.000 a 20.000 sacerdotes, y 150.000 católicos extranjeros procedentes de todos los puntos del globo para honrar a San Pedro en su sucesor. Tanto los prelados y sacerdotes como los simples fieles, todos acudieron con el corazón lleno de júbilo y amor, y con las manos llenas de ricos presentes que gozosos depositaron a los pies del Pontífice. En vano se esforzó la revolución valiéndose de sus innobles maniobras, de falsas noticias y hasta de amenazas para detener su marcha; nada pudo contener la corriente que el soplo de la fe impelia irresistiblemente hacia la cátedra de San Pedro. Con Pío IX todos esos diputados del Catolicismo han proclamado la gloria del Príncipe de los Apóstoles, coronado los nuevos Santos y venerado los 205 mártires del Japón, que quedan inscritos en el número de los bienaventurados. Lue-

go colmados de bendiciones del Santo Padre, con el corazón rebotando contento, se han separado para regresar a todos los países del mundo y referir las grandes cosas que han presenciado.

Pero al darse el abrazo de despedida, los Obispos se han dicho: *hasta la vista*. La cita fué dada por el mismo Pío IX, cuando en la alocución solemne del 26 de junio, anunció la próxima convocatoria del Concilio ecuménico. Todavía faltan diez y seis meses para llegar el día en que, si debemos atenernos a las conjeturas generales, se abrirá esta gran asamblea. ¿Qué acontecerá hasta entonces? La revolución que no cesa y que a pesar de sus desengaños, acecha siempre su presa, ¿llegará un día a poner la mano sobre el último palmo de tierra que no ha podido aún arrebatarse al Pontificado? Sólo Dios conoce el secreto; pero nos complacemos en abrigar la creencia de que Pío IX *tiene algunas relaciones con el Cielo*, como decía un elocuente Obispo a su regreso de Roma. Entre tanto roguemos a Dios que el Concilio tenga lugar en la época prefijada por nuestro amado Pontífice y que esta augusta asamblea dé a nuestros males el remedio que de ella espera el Vicario de Jesucristo.

(D: El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús)

DEL DIARIO DE UN PEREGRINO EN ROMA

Viernes, 28 de junio de 1867.

Esta mañana he experimentado una de las mayores emociones de mi vida. Estaba en San Pedro oyendo misa en la capilla de las almas del Purgatorio, donde se conserva la magnífica "Pietà" de Miguel Ángel, cuando de pronto ha resonado el "Te Déum", pareciéndome venir de la parte anterior de la Basílica. Al terminar la misa, me he acercado allí, a la capilla de la Santísima Virgen que estaba extraordinariamente adorna-

da y cerrada con unos tapices. Me enteré de que, por razón de la festividad, acababa de ser llevada a aquel lugar la Silla de San Pedro, desde el relicario donde ordinariamente se guarda en el altar del ábside. El traslado se había efectuado bajo la presidencia del deán del Sacro Colegio, llevándose procesionalmente la silla en andas por cuatro diáconos y cuatro presbíteros, mientras sostenían los cordones cuatro arzobispos.

Tuve la suerte de entrar con el primer grupo al ser abierta la capilla al público. No faltaban, como siempre, nuestros amados clérigos. No intentaré describir mis impresiones, pues si me forzaran a hacerlo creo que no acertaría a comunicarlas.

La "Silla de San Pedro" es un gran sillón de madera realizada con varias placas de marfil. De esta madera muerta ha germinado, entre otras maravillas, la más vasta y rica basílica del mundo

cristiano. Esta madera es la realidad material de la mayor cosa que existe en el mundo: el trono o sede de la verdad; la Santa Sede. Madera carcomida, sin duda, pero sobre esta tabla carcomida se sentó el hombre a quien fué dicho: ¡Tu es Petrus! Y desde esta Cátedra, Pedro ha repetido las sublimes afirmaciones que le valieron tal confirmación de Jesucristo.

Al ordenar que la silla de San Pedro fuera expuesta a la veneración de los fieles, ha querido también el Papa que monten guardia a su alrededor los zuavos, en cuyas filas militan aún hijos de todas las naciones. Esta clase de inspiraciones firmes y encantadoras son propias de Pío IX y Roma siempre está presta a recogerlas. Grandiosidad y belleza se confunden en la ciudad eterna. Entre los zuavos que formaban la guardia observé que varios lucían la medalla de los heridos en Castelfidardo. Allí estaban, firmes, con sus armas, victoriosos en este lugar de honor. ¡Cuán bella imagen de los que quisieron luchar y caer por la justicia invencible!

Sábado, 29 junio 1867.

La festividad que principió ayer al mediodía entre el tañido de las campanas, ha continuado, podríamos decir, sin interrupción, hasta acabada la Misa y todavía no ha terminado...

Esta mañana he visto al Papa cuando entraba en la Basílica precedido por un cortejo de cerca de quinientos Obispos. Pensad en cuánto se hace y se dice en el mundo todos los días y sin interrupción, desde hace un siglo, para impedirlo, y tendréis idea de un poder superior a la que os diera la vista de un desfile de cuatrocientos mil hombres y aún de cuatro millones, aún equipados con los armamentos más perfectos. Estos llevan un cayado; proclaman la Paz y su espada es una luz, pues no reconocen a otros enemigos que las tinieblas.

Cuando Napoleón dijo a uno de sus diplomáticos: "Tratad al Papa como si tuviera doscientos mil hombres", su juicio no fué tan exacto como se ha querido suponer. Evidentemente, el Papa

tiene algo más. No hablemos de Dios y de su Providencia, pues algunos espíritus fuertes rechazan esta "hipótesis" y prefieren los argumentos positivos. El Papa tiene al menos, de su parte, al tiempo y a la conciencia humana.

La iluminación interior de la basílica rebasa cuanto imaginarse pueda. Parece como si hubiesen introducido el firmamento de los astros bajo esta bóveda hecha para cobijar un misterio más grande y un trabajo más admirable. En medio de la nave central se halla una inmensa araña con forma de cruz invertida y coronada con la tiara y las llaves. Es el principal astro de este cielo construído por el hombre; ilumina e ilustra una inscripción que se ha puesto en el friso superior, en el arranque de la bóveda, con el fragmento del Evangelio de la festividad de San Pedro. "Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon..."

(L. Veuillot.—"Rome pendant le Concile").

HOMILIA DE SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX

PRONUNCIADA EN LA BASÍLICA VATICANA

EN LA MISA SOLEMNE DEL 29 DE JUNIO DE 1867

Ha llegado, venerables hermanos y amados hijos, el anheladísimo día en que por singular beneficio de Dios nos es dado celebrar la secular solemnidad consagrada al triunfo del beatísimo Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y al de su co-apóstol Pablo, y de decretar el culto y el honor de los santos a muchos héroes de nuestra divina religión. Regocijémonos, pues, en el Señor y rebosemos en santo gozo por el advenimiento de un día que debe solemnizarse con indecible contento, con suma veneración en todo el orbe católico y especialmente en esta nuestra ciudad. En el día solemne en que estamos, sufrieron el glorioso martirio y subieron al cielo Pedro y Pablo, lumbreras de la Iglesia, grandes mártires, doctores de la ley, amigos del Esposo, ojos de la esposa, pastores del rebaño y guardas del mundo. A estos personajes debes tú, Roma, la luz del Evangelio de Cristo, y el verte convertida de maestra del error en discípula de la verdad. Ellos son, y no los que levantaron tus primeros muros en la tierra, quienes mucho mejor y con más fortuna te fabricaron para el reino de los cielos. Ellos son quienes te elevaron a tanta gloria, para que con-

vertida en gente santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y regia, extendieses tu dominio más por la Religión divina que por el señorío terrenal. Estos dos personajes, cubiertos de fúlgidos vestidos, hombres de misericordia, verdaderos padres y verdaderos pastores nuestros, son quienes nos engendraron en el Evangelio. ¿Quién más glorioso que Pedro, el cual iluminado con divina luz, conoció el primero de todos los Apóstoles y reveló a todos, los profundísimos arcanos de la Majestad Eterna, y confesando ser nuestro Señor Jesucristo el Hijo de Dios vivo, echó los solidísimos e inquebrantables cimientos de nuestra fe? Él es la roca firmísima sobre que el Hijo del Eterno Padre, fundó su Iglesia con tanta solidez que las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella. A él entregó el Señor las llaves del reino de los cielos, y confirió la suprema potestad y el cuidado de apacentar las ovejas y los corderos, de confirmar a sus hermanos y de regir la Iglesia universal. Jamás faltará la fe de Pedro ni la de los que ocupen esta cátedra como sucesores de Pedro. ¿Quién más bienaventurado que Pablo, que elegido por Dios para dar a conocer su Santo Nom-

bre a los gentiles, a los Reyes y a los hijos de Israel, arrebatado en recompensa de sus virtudes al tercer cielo, conoció secretos celestiales para que, como futuro doctor de las gentes, aprendiese entre los Angeles lo que debía anunciar a los hombres? Predicando los beatísimos Pedro y Pablo, con el mismo espíritu el sacramento de la nueva ley, soportando constantemente por el Señor todo género de peligros, contratiempos, trabajos, penas y aflicciones, difundieron entre las gentes el nombre y la religión de Cristo, vencieron la filosofía pagana, arrojaron de su trono la idolatría y con sus santísimos escritos y con sus obras esparcieron por todas partes la voz de la verdad evangélica; y, después de llenar la tierra con sus nombres y de llevar hasta los últimos confines su palabra, sellaron esta misma doctrina con su piadosa sangre. Celebremos, pues, venerables hermanos y amados hijos, con gran solemnidad y celestial regocijo la gloria de estos Apóstoles, y ofreciendo nuestra veneración a sus cenizas, junto a las cuales tenemos la dicha de hallarnos, ensalcemos con la palabra sus preclaros hechos y esmerémonos sobre todo en imitar sus virtudes.

BAJO LA IMPRESIÓN DE TALES JORNADAS

Con el corazón henchido de entusiasmo y rebotando en nuestro pecho la fe, hemos regresado de la Ciudad Eterna, después de haber contemplado a nuestro sabor sus maravillas en uno de los más esplendorosos momentos de su gloriosa vida. Por tan insigne beneficio, mientras nos aliente un soplo de vida no cesaremos de bendecir a la Providencia divina que nos ha permitido llenar ese vacío que sentíamos en nuestra terrestre peregrinación. La aureola de divinidad que se irradiaba de la augusta frente de Pío IX la admiraron nuestros propios ojos, y desde luego no podemos menos de proclamar que para nuestro carcomido y decrepito siglo no existe otro Salvador que el anciano Vicario de Jesucristo.

Tal es el resultado de las impresiones de nuestra asistencia a las fiestas del Centenario del martirio de San Pedro; y para saldar la deuda contraída con los socios del *Apostolado* y particularmente con los suscriptores de su *Mensajero* al emprender nuestra romería al sepulcro de los santos Apóstoles, vamos a transcribir algunas de las infinitas ideas que más profunda huella han dejado impresa en nuestra imaginación.

Pío IX sabe que está amenazado de la enfermedad de los Papas, la enfermedad de las catacumbas, pero sabe

igualmente que los Papas no mueren de ella. Hagan cuanto les sugiera la astucia y la fuerza; preciso será que sus enemigos reconozcan en el Papa al sucesor de Pedro, al Vicario de Jesucristo, al Jefe de la Familia cristiana en quien se halla resumido el derecho de Dios, siendo en este concepto el conservador del poder humano. Cuando el mundo sea destrozado por la fuerza bruta y convertido en juguete sangriento del orgullo de los impíos, a nadie más que al Papa pedirá el género humano que le devuelva la autoridad. El Papa establecerá la monarquía o la democracia, pero en último resultado, el Papa será lo que es, lo que debe ser, la cabeza del mundo, o el mundo perecerá.

Nada sobre la tierra se ostenta con un carácter de grandeza tan encantador, como ese Anciano desarmado, contra el que tantas potencias se levantan en este siglo audaz. ¡Qué gracia! ¡Qué privilegio el de militar bajo las órdenes de Pío IX; de vivir identificado con él, que a su vez está en medio de la asamblea de los santos, y de los mártires de todos los tiempos, y como ellos guardado en el Corazón mismo de Jesús que le fortalece y alienta!

¿Por qué no sucumbió Roma a los vicios y maldades de los Tiberios, Claudios, Calígulas y Nerones? ¿Por qué no alcanzaron a destruirla las devastacio-

nes de los godos, los incendios de los vándalos, los estragos de los lombardos, y aquel cataclismo de armas y de guerreros que se desplomó con ímpetu devastador inundando los campos del Lacio? La razón de esta anomalía es que Roma decrepita, Roma moribunda fué rejuvenecida, creada de nuevo, siendo sus progenitores los santos Apóstoles Pedro y Pablo. La *sangre de Jesús, la cruz, los mártires* fueron los cimientos, los muros y el remate de la nueva Roma. Entonces a la Roma de la guerra sucedió la Roma de la paz y de la caridad, a la Roma del paganismo la hermosa y siempre joven Roma del Evangelio, al progreso humano que declinaba el progreso de Dios que no puede perecer. Roma convirtiéndose en una nueva Jerusalén, el Vaticano en una nueva Sión y la Reina de las siete colinas es eternizada y no destruída. Por esto la historia de diez y ocho siglos ha venido a acreditar que Roma no puede existir sin el Papa, ni el Papa sin Roma; por este motivo decía Muratori que Roma está destinada por la providencia de Dios, para la libertad de los Papas, y los Papas para la libertad del mundo. La humanidad es hoy esclava... arrastra cadenas. Dios reserva a Pío IX para que le devuelva la libertad de los hijos "stituído".

Dr. D. José Morgades Gili

(De *El Mensajero* - Barcelona)

18 DE JULIO DE 1870. SESIÓN 4.ª DEL CONCILIO VATICANO

PRIMERA CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA SOBRE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

Pío Obispo, Siervo de los Siervos de Dios, con aprobación del Sagrado Concilio, para perpetua memoria

El Pastor eterno y Obispo de nuestras almas, a fin de hacer perpetua la obra saludable de su redención, resolvió edificar la santa Iglesia, dentro de la cual, como en la casa de Dios vivo, todos los fieles permanecieran unidos por el vínculo de una misma fe y de una misma caridad. Por eso, antes de ser glorificado, rogó a su Padre, no solamente por los Apóstoles, sino también por aquellos que por la predicación de ellos han de creer en Él, para que todos fueran una sola cosa, como el mismo Hijo y su Padre son una sola substancia. Y así como Jesucristo envió a los Apóstoles, que había entresacado de entre el mundo, según él mismo había sido enviado; así

también quiso que en su Iglesia hubiese Pastores y Doctores hasta la consumación de los siglos. Y a fin de que el Episcopado fuese uno e indiviso, y para que los fieles todos del mundo se conservaran en la unidad de fe y de comunión por medio de los sacerdotes unidos entre sí, designando al bienaventurado Pedro por superior de los demás Apóstoles, instituyó Jesucristo en él el principio perpetuo y el fundamento visible de esta doble unidad, sobre cuya fortaleza se edificase el templo eterno, y sobre la firmeza de su fe se levantase el edificio sublime de la Iglesia, que debe ser elevado hasta el Cielo. Y rebelándose el poder del Infierno en todas partes, con mayor odio cada día, contra el fundamento de la Iglesia, divinamente establecido, a fin de destruirla si posible les fuese: por esto Nos juzgamos, con apro-

bación del sagrado Concilio, que es indispensable para la salvaguardia, el buen estado y acrecentamiento de la grey católica, proponer, para ser creída y profesada por todos los fieles, conforme a la antigua y constante fe de la Iglesia universal, la doctrina acerca de la institución, perpetuidad y naturaleza del sagrado Primado Apostólico, en el cual se apoyan la fuerza y solidez de toda la Iglesia, como también proscibir y condenar los errores contrarios, tan perniciosos a la grey del Señor.

De la institución del Primado Apostólico en la persona del bienaventurado Pedro

En su consecuencia, enseñamos y declaramos que, según los testimonios del Evangelio, el Primado de jurisdicción

sobre toda la Iglesia de Dios fué inmediata y directamente prometido y conferido por Jesucristo, Señor nuestro, al bienaventurado Apóstol Pedro. Pues, a la verdad, solamente a Simón, a quien ya antes había dicho: *Tú serás llamado Cephas*, después de haber hecho él su confesión diciendo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*; a él solo es a quien el Señor dirigió estas solemnes palabras: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre, que está en los Cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas (o el poder) del Infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos, y todo lo que tú atares sobre la Tierra será también atado en los Cielos, y todo lo que tú desatares sobre la Tierra, será también desatado en los Cielos.* Igualmente sólo a Pedro confirió Cristo Jesús, después de su resurrección, la jurisdicción de Pastor y Maestro supremo de todo su rebaño, diciéndole: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

A esta doctrina tan evidente de las Sagradas Escrituras, tal como ha sido siempre entendida por la Iglesia católica, se oponen abiertamente las perversas opiniones de los que, adulterando la forma de régimen establecida por Cristo nuestro Señor en su Iglesia, niegan que sólo Pedro haya sido investido por Jesucristo de un verdadero y propio Primado de jurisdicción sobre los demás Apóstoles, ora sobre cada uno en particular, ora sobre todos juntos, o de los que afirman que este mismo Primado fué conferido, no inmediata y directamente al bienaventurado Pedro, sino a la Iglesia, y por medio de ésta a Pedro, como ministro de la misma Iglesia.

De la perpetuidad del Primado del bienaventurado Pedro en los Romanos Pontífices

Mas es necesario que aquello, que el Príncipe de los Pastores y Pastor supremo de las ovejas, Jesucristo nuestro Señor, estableció en la persona del bienaventurado Apóstol Pedro para perpetua salud y bien constante de la Iglesia, eso mismo permanezca perpetuamente por virtud del mismo Jesucristo en la Iglesia, que fundada como está sobre la Piedra, subsistirá firme hasta el fin de los siglos. Para nadie, en verdad, es dudoso:

aún más, es un hecho notorio en todos los siglos que el santo y beatísimo Pedro, Príncipe y Cabeza de los Apóstoles, columna de la Fe y fundamento de la Iglesia católica, recibió de nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano, las llaves del Reino; el cual vive, gobierna y ejerce su jurisdicción hasta nuestros tiempos, y siempre por medio de sus Sucesores, los Obispos de la Santa Sede Romana, establecida por él y consagrada con su sangre.

De donde se sigue que todo el que sucede a Pedro en esta Cátedra adquiere por institución del mismo Jesucristo el Primado de Pedro sobre toda la Iglesia. Permanece, pues, la disposición de la verdad, y el bienaventurado Pedro, perseverando en la fortaleza de la Piedra que hubo recibido, no ha dejado el gobierno de la Iglesia, de que se encargó. Por esta razón ha sido siempre necesario que toda la Iglesia, esto es, que todos los fieles esparcidos por el mundo estuviesen unidos a la Iglesia de Roma por su Principado preeminente, para que, como miembros unidos a su cabeza, formasen todos un solo cuerpo con esta Santa Sede, de la cual dimanaban todos los derechos de su venerable comunión.

Del valor y naturaleza del Primado del Romano Pontífice

Por lo cual, apoyados en claros testigos de la Sagrada Escritura y conforme a las declaraciones y a los decretos terminantes, así de nuestros predecesores los Romanos Pontífices, como de los Concilios generales, renovamos la definición del Concilio ecuménico de Florencia, en cuya virtud todos los fieles cristianos están obligados a creer "que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice tienen el Primado sobre toda la tierra; que el mismo Pontífice Romano es sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, verdadero Vicario de Jesucristo, Cabeza de toda la Iglesia, Padre, y Maestro de todos los cristianos; y que Jesucristo, nuestro Señor, le dió en la persona de San Pedro la plena potestad de apacientar, regir y gobernar la Iglesia universal; según además se contiene en las actas de los Concilios ecuménicos y en los sagrados Cánones."

Enseñamos, por tanto, y declaramos que la Iglesia Romana por divina institución tiene el Principado de la potestad ordinaria sobre todas las demás Iglesias

del mundo, y que esta potestad de jurisdicción, verdaderamente episcopal, es inmediata, a la cual están sujetos por el deber de la subordinación jerárquica y de la verdadera obediencia los Pastores y los fieles, así cada uno en particular, como todos juntos, de cualquiera rito y dignidad, no sólo en las cosas que pertenecen a la fe y a las costumbres, sino también en las que se refieren a la disciplina y al gobierno de la Iglesia extendida por todo el orbe; de manera que, conservando la unidad así de comunión como de profesión de una misma fe con el Romano Pontífice, sea la Iglesia de Jesucristo un solo rebaño bajo un solo Pastor supremo. Tal es la doctrina de la verdad católica, de la que nadie puede apartarse sin perjuicio de su fe y de su salvación.

Y teniendo el Romano Pontífice el mando sobre la Iglesia universal por el derecho divino del Primado apostólico, enseñamos igualmente y declaramos que él es el juez supremo de los fieles, y que puede recurrirse a su juicio en todas las causas cuyo examen pertenece a la Iglesia; y aun más, que el juicio de la Sede Apostólica, sobre cuya autoridad no existe otra superior, no puede ser reformado por nadie, ni a nadie es lícito juzgar de sus juicios. Apártanse, por lo tanto, del camino recto de la verdad los que afirman que se puede apelar de los juicios de los Romanos Pontífices al Concilio ecuménico como a una autoridad superior al Pontífice Romano.

Si alguno, pues, dijese que el Romano Pontífice tiene únicamente el cargo de inspección o dirección, pero no la plena y suprema potestad de jurisdicción sobre toda la Iglesia, no tan sólo en las cosas pertenecientes a la fe y a las costumbres, sino también en las que se refieren a la disciplina y régimen de la Iglesia extendida por todo el orbe; o que solamente posee la parte principal, y no toda la plenitud de esta suprema potestad; o que esta su potestad no es ordinaria e inmediata, así sobre todas y cada una de las Iglesias, como sobre todos y cada uno de los Pastores y de los fieles, sea excomulgado.

(A continuación sigue otro capítulo en el que trata "Del Magisterio infalible del Romano Pontífice", con la trascendental "definición", que hallarán nuestros lectores en el n.º 4 de CRISTIANIDAD.)

ALOCUCIÓN DE SU SANTIDAD EL PAPA AL SACRO COLEGIO CARDENALICIO

2 DE JUNIO DE 1945

“Al recibir, venerables hermanos, con viva gratitud las felicitaciones que en nombre de todos vosotros nos ha presentado el venerable y amadísimo decano del Sacro Colegio, volvemos con el pensamiento a aquella fecha de hace ya seis años, cuando en esta misma fiesta, por primera vez después de la elevación de nuestra indigna persona a la cátedra de Pedro nos felicitábais nuestro santo.

Entonces el mundo estaba todavía en paz, pero ¿qué paz y cuán precaria! Con el corazón lleno de angustia, en perplejidad y en oración, nos acercábamos a esta paz como quien se acerca a la cabecera de un agonizante y se obstina, con ardiente amor, en arrancarlo, aunque contra toda esperanza, de las fauces de la muerte.

En las palabras que entonces os dirigimos se traslucía nuestro doloroso presentimiento del estallido de un conflicto que parecía hacerse cada vez más amenazador y cuya extensión y duración nadie hubiera podido prever. El desarrollo sucesivo de los acontecimientos no sólo ha demostrado, incluso con exceso, la verdad de nuestras previsiones más tristes, sino que aun las ha superado con mucho. Hoy, casi después de seis años, las luchas fratricidas han cesado al menos en parte de este mundo devastado por la guerra. Es una paz, si así puede llamarse, bien frágil todavía y que no podrá persistir ni consolidarse sino a fuerza de asiduos cuidados; una paz cuya tutela impone a toda la Iglesia—al pastor y a la grey—graves y delicadísimos deberes, paciente prudencia, fidelidad animosa y espíritu de sacrificio. Todos están llamados a consagrarse a ella, cada uno en su oficio y en su propio puesto. Nunca se le dedicará demasiada premura ni demasiado celo. Por lo que toca a Nos y a nuestro ministerio apostólico, sabemos muy bien, venerables hermanos, que podemos confiar con seguridad en vuestra sabia colaboración, en vuestras incansables plegarias y en vuestra inalterable devoción.

LA IGLESIA Y EL NACIONALSOCIALISMO

En Europa la guerra ha terminado; pero ¿qué estigmas ha dejado impresos! Dijo el Divino Maestro que todos los que injustamente echen mano a la espada, de la espada morirán (1). Y ahora, ¿qué es lo que veis? Veis lo que deja en pos de sí una concepción y una actividad del Estado, que no tiene en cuenta para nada los sentimientos más sagrados de la Humanidad, que pisotea los principios inviolables de la fe cristiana. El mundo entero contempla hoy estupefacto la ruina que de ahí se ha seguido. Esta ruina Nos la habíamos visto venir de lejos, y muy pocos, según creemos, han seguido con mayor tensión de espíritu el evolucionar y precipitarse de la inevitable caída. Más de doce años, entre los mejores de nuestra edad madura, por el deber del oficio que se nos había encomendado, hemos convivido con el pueblo germánico. En aquella época, con la libertad que las condiciones políticas y sociales entonces permitían, nos dedicamos a consolidar la situación de la Iglesia católica en Alemania. Así tuvimos ocasión de conocer las grandes cualidades de aquel pueblo, y estuvimos en relaciones personales con sus mejores representantes. Por eso abrigamos la esperanza de que ese pueblo podrá alzarse otra vez a una nueva dignidad y una nueva vida, después de haber alejado de sí el espectro satánico mostrado por el nacionalsocialismo, y una vez que los culpables, como ya hemos tenido ocasión de exponer otras veces, hayan expiado los delitos que han cometido.

Hasta que no se había perdido todavía el último rayo de esperanza de que aquel movimiento pudiese tomar una dirección diversa y menos perniciosa, o por el arrepentimiento de

sus miembros más moderados o por una eficaz oposición de la parte discordante del pueblo alemán, la Iglesia hizo cuanto estaba en su poder para oponer un potente dique a la inundación de aquellas doctrinas no menos deletéreas que violentas. En la primavera de 1933 el Gobierno alemán pidió a la Santa Sede la conclusión de un concordato con el Reich, idea que obtuvo el consenso, incluso del episcopado y de la mayor parte, al menos, de los católicos alemanes. De hecho, ni los concordatos firmados con algunos estados particulares de Alemania (Länder), ni la Constitución de Weimar parecían asegurarles ni garantizarles suficientemente el respeto a sus convicciones, a su fe, a sus derechos y a su libertad de acción. En tales condiciones estas garantías no podían obtenerse sino mediante un acuerdo en forma solemne de un concordato con el Gobierno central del Reich. Añádase que, habiendo hecho el mismo Gobierno la propuesta, en caso de una negativa hubiera recaído sobre la Santa Sede la responsabilidad de cualquier dolorosa consecuencia. No ya que la Iglesia, por su parte, se dejase ilusionar por excesivas esperanzas, ni que con la conclusión del concordato tuviese la intención de ninguna manera de aprobar doctrinas y tendencias del nacionalsocialismo, como entonces expresamente se declaró y explicó (2). Sin embargo, hay que reconocer que el concordato en años sucesivos proporcionó alguna ventaja o impidió, al menos, mayores males. Efectivamente, a pesar de todas las violaciones de que fué objeto, facilitaba a los católicos una base jurídica de defensa, un campo donde atrincherarse para continuar enfrentándose hasta cuando les fuera posible al oleaje siempre creciente de la persecución religiosa.

De hecho, la lucha contra la Iglesia se iba agriando cada vez más. Se sucedían la destrucción de las Organizaciones católicas, la supresión progresiva de las florecientes escuelas católicas, públicas y privadas, la separación forzosa de la juventud tanto de la familia como de la Iglesia, la opresión ejercida sobre la conciencia de los ciudadanos, en especial de los empleados del Estado; la denigración sistemática mediante una propaganda artera y rigurosamente organizada de la Iglesia, del clero, de los fieles y de sus instituciones; su doctrina y su historia; el cierre, la disolución y la confiscación de casas religiosas y otros institutos eclesiásticos, y finalmente el aniquilamiento de la Prensa y de la actividad editorial católicas.

Para resistir estos ataques, millones de valientes católicos, hombres y mujeres, se agrupaban alrededor de sus obispos, cuya voz valiente y severa no dejó jamás de resonar hasta estos últimos años de la guerra alrededor de sus sacerdotes, para ayudarlos a adaptar incesantemente su apostolado a las nuevas necesidades y circunstancias y hasta el fin, esos mismos católicos con firmeza y conciencia, opusieron al frente de la impiedad y del orgullo el frente de la fe, la oración, la vida y la educación francamente católica. Mientras tanto, la misma Santa Sede, sin titubeos, multiplicaba ante los gobernantes de Alemania sus diligencias y sus protestas, llamándoles con energía y claridad al respeto y a la observancia de los deberes derivantes del mismo derecho natural y confirmados en el concordato. En esos años críticos, con alerta vigilancia de pastor y larga y sufrida paciencia de padre, nuestro predecesor Pío XI, ejerció con supremo valor su misión de Sumo Pontífice.

Pero, cuando después de ensayar en vano todos los medios de persuasión, se vió con evidencia frente a las deliberadas violaciones de un pacto solemne, ya una persecución religiosa embozada o abierta, pero siempre rigurosamente organizada, proclamó al mundo el Domingo de Pasión de 1937, en su encíclica “Mit brennender Sorge”, lo que era en realidad el na-

(1) Mateo, 26.52.

(2) «L'Osservatore Romano», del 2 de junio de 1933.

cionalsocialismo: Una arrogante apostasía de Jesucristo, negadora de su doctrina y su obra redentora, culto de fuerza, idolatría de la raza y de la sangre, opresión de la dignidad y la libertad humana. Como un toque de clarín que diera la alarma, el documento pontificio vigoroso, demasiado vigoroso, pensaba ya más de uno, hizo estremecer los espíritus y los corazones. Muchos, aun fuera de las fronteras de Alemania, que hasta entonces habían cerrado los ojos ante la incompatibilidad de la concepción nacional socialista con la doctrina cristiana, tuvieron que reconocer y confesar su error. Muchos, pero no todos. Otros, en las mismas filas de los fieles, estaban demasiado cegados por sus prejuicios y seducidos por la esperanza de ventajas políticas.

La evidencia de los hechos señalados por nuestro predecesor no logró convencerles y menos todavía inducirles a que modificaran su conducta. ¿Será acaso una mera coincidencia el que algunas regiones, más duramente castigadas luego por el sistema nacional socialista hayan sido precisamente aquellas en donde la encíclica "Mit brennender Sorge" había sido poco o nada escuchada? ¿Hubiera sido posible, tal vez, entonces, con oportunas y tempestivas providencias políticas, frenar de una vez para siempre el desencadenarse de la violencia brutal y colocar al pueblo alemán en condiciones de librarse de los tentáculos que lo estrechaban? ¿Hubiera sido posible ahorrar de ese modo a Europa y al mundo esta inmensa marea de sangre? Nadie osaría dar una respuesta segura. Pero de todos modos nadie podría reprender a la Iglesia por no haber denunciado y señalado a tiempo el verdadero carácter del movimiento nacionalsocialista y el peligro que exponía a la civilización cristiana.

"Quien eleva la raza o el pueblo o el Estado, o una determinada forma suya, los representantes del poder estatal y otros elementos fundamentales de la sociedad humana, a suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y los diviniza con culto idolátrico, pervierte y falsea el orden de cosas creado y querido por Dios" (acta apostólica de 1937.) En esta proposición de la Encíclica se compendia la radical oposición entre el Estado nacionalsocialista y la Iglesia Católica; llegadas las cosas a tal punto, la Iglesia, sin faltar a su misión, no podía renunciar a tomar posición ante todo el mundo. Con este acto, sin embargo, se convertía una vez más en "blanco de contradicción", (3) ante el que los espíritus en lucha venían a dividirse en dos bandos opuestos. Los católicos alemanes estuvieron, puede decirse, de acuerdo en reconocer que la Encíclica "Mit brennender Sorge" había procurado luz, dirección, consuelo y sostén a todos los que consideraban seriamente y practicaban coherentemente la religión de Jesucristo. Pero no podía faltar la reacción por parte de aquellos que habían sido objeto de condena, y de hecho, 1937 fué, precisamente, para la Iglesia Católica en Alemania, un año de indecibles amarguras y terribles tempestades. Los grandes acontecimientos políticos que caracterizaron los dos años siguientes y después la guerra no atenuaron de ninguna manera la hostilidad del nacionalsocialismo contra la Iglesia, hostilidad que se ha manifestado hasta estos últimos meses, cuando sus secuaces se lisonjaban aún, creyendo poder acabar para siempre con la Iglesia, apenas obtenida la victoria militar.

Autorizados e indiscutibles testimonios nos tenían informados de estos designios que, por lo demás, se revelaban por sí mismos con las reiteradas y cada vez más adversas acciones contra la Iglesia católica, en Austria, en Alsacia-Lorena y, sobre todo, en aquellas regiones de Polonia que ya durante la guerra habían sido incorporadas al antiguo Reich. Allí todo tuvo que sufrir el golpe, todo ha sido aniquilado, es decir, todo aquello a donde podía llegar la violencia exterior.

Continuando la obra de nuestro predecesor, Nos mismo, durante la guerra no hemos cejado, especialmente en nuestros mensajes, de contraponer a las destructoras e inexorables aplicaciones de la doctrina nacionalsocialista, que llegaban hasta a valerse de los más refinados métodos científicos para torturar y suprimir personas, con frecuencia inocentes, las exigencias y las normas indefectibles de humanidad y de fe cristiana. Para Nos era este el más oportuno; más aun, podríamos decir, el único camino eficaz para proclamar ante la faz del mundo los inmutables principios de la ley moral y para con-

firmar, ante tantos horrores y tantas violencias, las mentes y los corazones de los católicos alemanes en los superiores ideales de verdad y justicia. Y tales solicitudes no han quedado sin fruto. Sabemos, en efecto, que nuestros mensajes, principalmente el de Navidad de 1942, a pesar de toda clase de prohibiciones y obstáculos, fueron objeto de estudio en conferencias diocesanas del clero en Alemania, y luego expuestos y explicados al pueblo católico.

Pero si los gobernantes de Alemania habían resuelto destruir la Iglesia Católica aun en el antiguo Reich, otra cosa había dispuesto la Providencia, las tribulaciones causadas a la Iglesia por el nacionalsocialismo han acabado con el fin repentino y trágico del perseguidor. De las prisiones, de los campos de concentración, de los penales, con los detenidos políticos salen ahora también las falanges de aquellos sacerdotes y seglares cuyo único crimen había sido su fidelidad a Jesucristo y a la fe de sus padres, o a la observancia valerosa de sus deberes sacerdotales. Nos, hemos orado fervientemente por todos ellos y nos hemos esforzado con toda industria, siempre que ha sido posible, para hacerles llegar nuestra palabra, aliento y bendiciones de nuestro corazón paternal.

De hecho, cuanto más se levanta el velo que ocultaba hasta ahora los sufrimientos de la Iglesia bajo el régimen nacionalsocialista, tanto más se evidencia la firmeza de innumerales católicos, firmeza frecuentemente inmovible hasta la muerte, y la gloriosa parte que en tan noble lid ha tenido el clero. Aunque no poseemos todavía datos estadísticos completos, no podemos, sin embargo, abstenernos de mencionar aquí, por vía de ejemplo, alguna, al menos, de las abundantes noticias que nos han llegado de sacerdotes y seglares que, confinados en el campo de concentración de Dachau, fueron hallados dignos de sufrir el ultraje por el nombre de Jesús (4). En primera línea, por el número y dureza del trato sufrido, se hallaban los sacerdotes polacos. De 1940 a 1945 fueron reclusos en el mismo campo 2.800 eclesiásticos y religiosos de aquella nación, entre los cuales el obispo auxiliar de Wladislavia se murió de tifus.

En abril pasado quedaban allí solamente 816; los demás habían muerto a excepción de dos o tres trasladados a otro campo. En el verano de 1942 se dió el número de 480 ministros del Culto, de lengua alemana reclusos allí, de los cuales cuarenta y cinco eran protestantes y todos los demás sacerdotes católicos. No obstante el continuo afluir de nuevos confinados procedentes sobre todo de algunas diócesis de Baviera, Renania y Westfalia, su número a causa de la gran mortandad a principios del presente año, no pasaba de 350. Ni se deben pasar en silencio los pertenecientes a los territorios ocupados de Holanda, Bélgica, Francia—entre ellos el obispo de Clermont—Luxemburgo, Eslovenia e Italia.

Indecibles padecimientos han soportado muchos de aquellos sacerdotes y aquellos seglares por la causa de la fe y de su vocación. Una vez, el odio de los impíos contra Jesucristo, llegó al punto de parodiar con alambre espinoso la flagelación y coronación de espinas del Redentor, en un sacerdote confinado. Las víctimas generosas que en Alemania durante doce años, desde 1933, han hecho a Jesucristo y a su Iglesia el sacrificio de los propios bienes, de la propia libertad y de la propia vida, alzan sus manos a Dios, en oblación expiatoria. Dignese el justo juez aceptarla como reparación de tantos delitos cometidos contra la humanidad, no menos que en daño del presente y del porvenir del propio pueblo, especialmente de la desgraciada juventud y desarmar finalmente el brazo de su angel exterminador.

El nacional socialismo, con insistencia cada vez mayor, ha querido denunciar a la Iglesia como enemiga del pueblo germánico. La evidente injusticia de la acusación, habría herido en lo más vivo los sentimientos católicos alemanes y los mismos Nuestros, si hubiera salido de otros labios, pero en los de tales acusadores, lejos de ser un agravio, es el testimonio más brillante y más honroso de la oposición firme y constante mantenida por la Iglesia contra doctrinas y métodos tan deletéreos por el bien de la verdadera civilización y del mismo pueblo alemán, al que deseamos que, libre de los errores que lo han precipitado al abismo, pueda volver a en-

(3) Lucas, 2-34.

(4) Actos, 5 41.

A LA LUZ DEL VATICANO

contrar su salvación en los puros manantiales de la verdadera paz y de la verdadera felicidad, en los manantiales de la verdad, humildad y caridad, que junto con la Iglesia, brotaron del corazón de Jesucristo.

LOS PELIGROS DE LA PAZ

¡Qué lección tan dura la de los últimos años! ¡Ojalá, que, al menos, se entienda y resulte provechosa a las otras naciones! "Erudimini qui gubernatis terram" (Salmo II, 10). Es el anhelo más ferviente de quienquiera que ame sinceramente a la humanidad. La humanidad, víctima de un despiadado agotamiento y un cínico desprecio de la vida y de los derechos del hombre, solamente tiene un deseo, aspira a una sola cosa: vivir tranquila y pacíficamente en dignidad y en honesto trabajo. Y por eso ansía que se acabe de una vez con aquel descaro con que la familia y el hogar doméstico, durante los años de la guerra, han sido maltratados y profanados, descaro que clama al cielo y se ha convertido en uno de los más graves peligros no solamente para la religión y la moral sino también para la ordenada convivencia humana. Culpa que ha creado principalmente esas multitudes de desconcertados, desilusionados, desesperados, que van a engrosar las masas de la revolución y del desorden, asalariadas por una tiranía no menos despótica que aquellas que se han querido abatir.

Las naciones, principalmente las medianas y pequeñas, reclaman que se les deje regir ellas mismas sus propios destinos. Se les puede inducir a que con plena aquiescencia y en interés del progreso común, contraigan vínculos que modifiquen su derecho soberano pero después de haber contribuído, y contribuído generosamente, con sacrificios, a destruir el sistema de violencia brutal, tienen derecho a no admitir que se les imponga un nuevo sistema político o cultural que la gran mayoría de sus ciudadanos resueltamente rechazan. Crean, y con razón, que la función principal de los organizadores de la paz es la de acabar con el juego criminal de la guerra y tutelar los derechos vitales y los deberes recíprocos entre los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles. Los pueblos, en el fondo de sus conciencias, tienen la sensación de que sus gobernantes quedarían desacreditados si al loco delirio de una hegemonía de la fuerza no sucediese la victoria del derecho.

La idea de una nueva organización de la paz ha surgido, nadie podrá ponerlo en duda, de la más leal y recta voluntad. Toda la Humanidad sigue con ansia el desarrollo de tan noble empresa. ¡Qué amarga sería la desilusión si llegara a fallar, si resultasen vanos tantos años de sufrimientos y renunciaciones, dejando triunfar nuevamente aquel espíritu de opresión del que el mundo esperaba finalmente verse libre para siempre. ¡Pobre mundo! al que se podría entonces aplicar la palabra de Jesús: "Tu nueva condición ha venido a ser peor que la antigua de que con tanta dificultad habías salido" (5). Las condiciones políticas y sociales nos ponen en los labios estas palabras de admonición. Desgraciadamente hemos tenido que deplorar en más de una región, muertes de sacerdotes, deportaciones de civiles, matanzas de ciudadanos sin proceso o por venganza privada, ni son menos tristes las noticias que nos han llegado de Eslovenia y Croacia. Pero no por eso nos hemos de desanimar. Los discursos que durante estas últi-

(5) Lucas. 11-24.

mas semanas han pronunciado personas competentes y responsables dejan entender que tienen puesta la mira en el triunfo del derecho, no sólo como fin político, sino también, y más todavía, como deber moral. Por eso, de corazón dirigimos a nuestros hijos y a nuestras hijas del Universo entero una calurosa invitación a la plegaria, que llegue a oídos de cuantos reconocen en Dios al Padre amantísimo de todos los hombres creados a su imagen y semejanza, de cuantos saben que en el pecho de Jesucristo late un corazón divino lleno de misericordia, manantial profundo e inagotable de todo bien y de todo amor, de paz y de toda reconciliación.

Como no hace mucho anunciábamos, el camino desde la tregua de las armas a la paz verdadera y sincera será difícil y largo; demasiado largo para las ansiosas aspiraciones de una humanidad hambrienta de orden y calma. Pero es inevitable que sea así, y, tal vez, hasta mejor. Hay que dejar que se apacigüen la tempestad, las pasiones sobreexcitadas; es menester que el odio, la desconfianza, incentivos de un nacionalismo extremista, cedan el puesto a las concepciones de prudentes consejos, al brotar de planes pacíficos, a la serenidad en el cambio de impresiones y a la mutua comprensión fraterna.

Dígnese el Espíritu Santo, Luz de las inteligencias y Dulce Señor de los corazones, oír las plegarias de su Iglesia y guiar en su difícil tarea a quienes, conforme a su elevada misión, se esfuerzan sinceramente, a pesar de obstáculos y contradicciones, por llegar al fin tan universal y ardentemente deseado: la paz, la verdadera paz digna de tal nombre.

Una paz fundada y confirmada sobre la sinceridad y la lealtad, sobre la justicia y la realidad; una paz que entrañe un esfuerzo real y decidido por vencer o precaver las condiciones económicas y sociales que, como en el pasado, podrían fácilmente también en el futuro llevar a nuevos conflictos armados; una paz que pueda recibir la aprobación de todos los ánimos rectos de cualquier pueblo y cualquier nación; una paz que las generaciones venideras puedan considerar con gratitud, como fruto feliz de un tiempo infeliz; una paz que registre en el transcurso de los siglos un cambio de dirección definitivo en la afirmación de la dignidad humana y del orden en la libertad. Una paz que sea como la magna carta que ha clausurado una era oscura de violencia; una paz que bajo la guía misericordiosa de Dios nos haga pasar a través de la prosperidad temporal de manera que no perdamos la felicidad eterna.

Pero además de conseguir esta paz es igualmente verdadero que millones de hombres, en el hogar doméstico o en la guerra, en el cautiverio o en el destierro, deben aún gustar la amargura del cáliz. ¡Cuánto anhelamos ver el fin de sus sufrimientos y de sus angustias, la realización de sus deseos! También por ellos, por toda la Humanidad, que con ellos y en ellos sufre, se alza al Omnipotente nuestra humilde y ardiente oración. Mientras tanto, nos produce un inmenso consuelo, venerables hermanos, el pensar que vosotros tomáis parte en nuestras solicitudes, en nuestras oraciones y en nuestras esperanzas, y que en todo el mundo, obispos, sacerdotes y fieles, unen sus súplicas a las nuestras en la gran voz de la Iglesia Universal.

En testimonio de nuestro profundo agradecimiento, y como prenda de las infinitas misericordias y de los favores divinos, a vosotros, a ellos y a cuantos se unen a Nos en el desear y procurar la paz, damos de lo íntimo del corazón nuestra bendición apostólica.

(Reproducido de "Ecclesia").

EN PRO DE LA DESGRACIADA POLONIA

Un subscriptor de CRISTIANDAD nos manda 400 pesetas con destino a becas para seminaristas polacos en nuestro Seminario de Barcelona.

Agradecemos al donante su aportación que hemos puesto a disposición del Ilmo. Sr. Obispo.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Santiago de Compostela

La única ciudad que con Toledo ha sido
declarada toda ella monumento Nacional.

Visítela este verano y conozca de paso las
incomparables bellezas del paisaje Gallego.

BARATA H. NOS

SUCESOR

TEJIDOS DE LANA



Pl. Maragall, 2

Teléfono 2322

TARRASA



BLANCO
CINZANO
¡ EL SUPER VERMUT !

Cuevas de Artá
MALLORCA



●
Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá